



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

por

JULIO VERNE.

Para ser rápido que sea, no es suficiente para vencer la masa de sus aguas, y si la contiene es por los numerosos lechos que ella se ha formado, y esto sin contar las inundaciones de este gran río. En lo que el testarudo Keraban no reparó, á despecho de las observaciones que le hicieron, y lanzó su carruaje á través de la delta.

Keraban no estaba solo en esta region en la que numerosos patos, gansos salvajes, ibis, cigüeñas, pelicanos, parecían escoltarle.

Pero olvidaba que si la Naturaleza ha hecho á esas aves acuáticas, zancudas y paluripedas, es porque tienen necesidad de patas palmeadas ó de las elevadas piernas de las zancudas para morar en aquellas regiones, tan frecuentemente sumergidas en la época de las grandes crecidas, despues de las lluviosas.

Por eso se convendrá en que los caballos del carruaje no estaban dispuestos para marchar por aquellos terrenos pantanosos á causa de las últimas inun-

daciones. Más allá de este afluyente del Danubio, que desemboca en el mar Negro en Sulina, no había más que un extenso pantano á través del cual se dibujaba un camino poco practicable. Á disgusto de los postillones, á los cuales daba la razón Van Mitten, Keraban dió orden de marchar más adelante y fué necesario obedecerle. El resultado fué que por la tarde el carruaje se atascó, sin que fuese posible á los caballos sacarle adelante.

— Los caminos no están suficientemente cuidados en esta comarca — creyó deber observar Van Mitten.

— ¡ Están como están ! — respondió Keraban. — ¡ Están como pueden estar con semejante gobierno !

— Tal vez haríamos mejor en volver atrás y seguir otro camino.

— Harémos mejor, por el contrario, en continuar adelante y no cambiar en nada nuestro itinerario.

— Pero ¿ cómo ?

— ¡ Cómo ! Pues el medio, respondió el testarudo

viajero, consiste en enviar á buscar caballos de refuerzo al pueblo más próximo. En cuanto á dormir, lo mismo nos da hacerlo en el carruaje que en una posada.

No había que replicar. El postillon y Nizib fueron enviados á buscar el pueblo más próximo, que no dejaría de estar muy lejos. Probablemente no podrían estar de vuelta hasta la mañana siguiente. El señor

Keraban, Van Mitten y Bruno debieron resignarse á pasar la noche en medio de aquella vasta estepa, tan abandonados como si hubiesen estado en lo más profundo de los desiertos de la Australia central. Felizmente, el carruaje, hundido hasta los ejes, no amenazaba profundizarse más.

La noche era muy oscura. Gruesas y bajas nubes en vía de condensación, impelidas por los vientos del



Caminos estrechos rodeados de precipicios.

mar Negro, corrian atravesando el espacio. Aunque no llovía, una fuerte humedad subía del suelo, impregnado de agua, que mojaba lo mismo que una niebla polar. No se distinguía á diez pasos; los dos faroles del coche proyectaban una luz dudosa entre la capa de evaporación formada por el pantano, y tal vez hubiera sido mejor apagarlos.

En efecto, esta luz podría atraer alguna visita inoportuna. Van Mitten fué quien hizo esta observación, pero su intratable amigo creyó deberla discutir, y de la discusión resultó que fué rechazado lo propuesto por Van Mitten.

Sin embargo, el sabio holandés tenía razón, pero si con un poco más de sagacidad le hubiera propuesto á su compañero dejar los faroles encendidos, seguramente el señor Keraban los hubiera mandado apagar.

VII.

EN EL QUE LOS CABALLOS DEL CARRUAJE HAYEN IMPULSADOS POR EL MIEDO, LO QUE NO HA CONSEGUIDO EL LÁTIGO DEL POSTILLON.

Eran las diez de la noche, y Keraban, Van Mitten y Bruno, después de una comida suministrada con los

provisiones encerradas en los cofres, se paseaban fumando, cerca de media hora, por el largo y estrecho sendero, cuyo suelo no cedía bajo sus piés.

—Segun veo — dijo Van Mitten — pienso, amigo Keraban, que no tenéis que hacer ninguna objeción á que durmatos hasta el momento en que traigan los caballos.

— Ninguna — respondió Keraban no sin haber re-

flexionado ántes de dar esta respuesta algo extraordinaria por parte de un hombre que siempre tenía algo que objetar.

— Creo que no tendremos nada que temer en medio de este llano completamente desierto — añadió el holandés.

— Creo lo mismo.

— ¿ No tenemos que temer ningún ataque ?



El cupé no tardó en llenarse de humo.

— Ninguno.

— ¡ Á no ser el de los mosquitos ! — respondió Bruno que acababa de propinarse un formidable bofetón sobre la frente para aplastar media docena de aquellos importunos dípteros.

Y en efecto, nubes de voraces insectos, atraídos por la luz de los faroles, comenzaban á remolinarse descaradamente al rededor del coche.

— ¡ Demonio ! — dijo Van Mitten — tenemos á la vista una gran cantidad de mosquitos, y una mosquitera no nos hubiera venido mal !

— No son mosquitos — respondió el señor Keraban

frotándose la parte inferior de la nuca — y por lo tanto, no tenemos necesidad de un mosquitero.

— ¿ Pues qué es lo que necesitaríamos ? — preguntó el holandés.

— Una primaria — respondió Keraban ; — porque estos supuestos mosquitos son unos primos.

— ¡ Qué me importa á mi la diferencia ! — pensó Van Mitten que no juzgó oportuno promover una disputa sobre una cuestión puramente entomológica.

— Si hay algo curioso en esto — observó Keraban — es que únicamente las hembras de estos insectos son las que atacan al hombre.

— ¡Ya las reconozco á estas representantes del bello sexo! — respondió Bruno rascándose las pantorrillas.

— Y en efecto — respondió Keraban — las comarcas situadas en el bajo Danubio están particularmente infestadas de estos primos, y no se les combate más que esparciendo en la cama durante la

noche, y en la camisa y medias durante el día, polvos de píretra....

— ¡De los que carecemos en absoluto! — añadió el holandés.

— Absolutamente — respondió Keraban; — porque ¿quién había de prever que quedaríamos detenidos en los pantanos de la Dobrautcha?



El carruaje se atascó.

— Nadie, amigo Keraban.

— He oído hablar, amigo Van Mitten, de una colonia de tártaros criminales, á los que el gobierno turco había otorgado una vasta concesion en este delta del río; pero que las legiones de estos primos los obligaron á expatriarse.

— Despues de lo que nosotros estamos viendo, amigo Keraban, la historia no es inverosímil.

— Entremos, pues, en la carroza.

— No tardemos en hacerlo — respondió Van Mitten que se agitaba en medio de un burdel de alas cuyos estremecimientos se cuentan á millones por segundos.

En el momento en que el señor Keraban y su compañero iban á subir al coche, el primero se detuvo.

— Aunque no hay nada que temer — dijo — no sería malo que Bruno volase aquí fuera hasta la vuelta del postillon.

— No rehusará hacerlo — respondió Van Mitten.

— Me guardaré muy bien de rehusar — dijo Bruno — porque ése es mi deber; ¡pero me van á devorar vivo!

— ¡No! — replicó Keraban; — había olvidado decir que los primos no pican dos veces en el mismo sitio; por consiguiente, Bruno estará bien pronto al abrigo de sus ataques.

— ¡Sí!... ¡cuando esté acibillado de mil picaduras!

— Así se curande, Bruno.

— Pero al menos podrá velar en el cabriolé?

— ¡Perfectamente! con la condición de no dormir!

— ¿Y cómo dormir rodeado de este enjambre de mosquitos?

— Primeros y no mosquitos, Bruno — respondió Keraban; — ¡no lo echéis en olvido!

Una vez hecha esta observación, Keraban y Van Mitten volvieron á ocupar su sitio en el coche, dejando á Bruno el cuidado de velar por su amo, ó mejor dicho, por sus amos, pues desde que Keraban y Van Mitten se hallaban juntos, podía asegurarse que era á dos y no á un solo amo á quienes tenía que servir.

Después de asegurarse que las portezuelas del carruaje cerraban bien, Bruno inspeccionó los diversos arcos.

Los caballos, resudados de cansancio, permanecían rebudados sobre el húmedo suelo, respirando ruidosamente y mezclando su cálido aliento con la neblina del pantanoso llano.

— ¡Ni el diablo lo sacaría de este maldito bache! — se dijo Bruno. — ¡Bonita idea ha tenido el señor Keraban al tomar este camino! Pío fin, después de todo, ésa es cuenta suya.

Bruno volvió á subir al cabriolé y bajó el cristal de la portezuela, á través del cual podía ver, merced á los múltiples rayos proyectados por los faroles del vehículo.

Nada podía hacer mejor el fiel criado de Van Mitten sino soñar con los ojos abiertos, y combatir el sueño, pensando en la serie de aventuras hacia las que su amo le arrastraba, impelido por el más testarudo de los osmanlíes.

¡Él, hijo de la antigua Batavia, que conocía piedra por piedra el piso de Rotterdam, concurrente asiduo de los muelles de la Mense, insigne pescador de vaia, bodeque de los canales que surcan su ciudad natal; él, transportado al otro extremo de Europa; ¡Buen salto había dado, desde Holanda al Imperio otomano! ¡Y apenas desembarcando en Constantinopla, le facilidad le arrojaba á escabridas de las estepas del bajo Danubio! ¡Viéndose allí, encerrado en el cabriolé de una silla de postas en medio de los pantanos de la Dobroucha, perdido en una profunda noche, y más pegado en aquel suelo que la tarra gótica de Zuidkerk! Y todo por obedecer á su amo, él, que en estar obligado, obedecía de la misma manera al señor Keraban.

— ¡Oh extravagancia de las complicaciones humanas! — se decía Bruno, — Héme aquí en disposición de dar la vuelta al mar Negro, si la llegamos á dar, y todo por economizar diez paras, que yo hubiera dado con gusto de mi bolsillo, si yo hubiese sido bastante listo para hacerlo á escondidas de ese turco tan poco sufrido. ¡Ah, testarudo y más que testarudo! ¡Erey seguro de que desde que hemos partido he adelgazado lo menos dos libras de peso!... ¡Si esto es en cuatro días, qué no será en cuatro se-

manas! Pero ¡todavía estos malditos mosquitos!

En efecto, por heréticamente que Bruno hubiese querido cerrar la portezuela del cabriolé, algunas docenas de primos pudieran penetrar, encarnizándose con el pobre diablo.

¡Qué de golpes, qué de injurias, y cómo se cebaba llamándoles mosquitos, entonces que el señor Keraban no podía oírle!

Dos horas se pasaron así, y tal vez sin el continuo ataque de los mosquitos, Bruno, sucumbiendo á la fatiga, se hubiera dejado dominar por el sueño. Porque dormir con aquellas condiciones hubiese sido imposible.

Sería un poco más de la media noche, cuando á Bruno, mortificado ya por aquellos insectos, se le ocurrió una buena idea. Debería habersele ocurrido antes, á él, un holandés de pura sangre, que al venir al mundo busca con más ansia la boquilla de una pipa que el pecho de la nodriza. La idea fué ponerse á fumar para combatir á los primos con el humo del tabaco. ¿Cómo no haberlo pensado antes? Si por casualidad resistían la atmósfera cargada de nicotina, se podía decir que los insectos tienen la vida á toda prueba en medio de los pantanos de la Dobroucha.

Bruno sacó del bolsillo la pipa de porcelana esmaltada con flores (semejante á la que tan imprudentemente le habían robado en Constantinopla). La llenó de tabaco, como si tratara de un arma de fuego que se va á descargar sobre las tropas enemigas; frotó el eslabon, la encendió, y aspiró con toda la fuerza de sus pulmones el humo de un excelente tabaco de Holanda, y lo volvió á arrojar en enormes volutas.

El enjambre rebulló al principio los ensordecedores zumbidos de sus alas, y se dispersó poco á poco en los rincones más oscuros del cabriolé.

Bruno pudo felicitarle de su obra. La batería que acababa de descargar produjo resultado, los asaltantes se replegaron en desorden; pero como él no quería tener prisioneros, sino todo lo contrario, abrió rápidamente la ventanilla, á fin de dar salida á los insectos de dentro, pero no dando acceso á los de fuera, con sus descargas de humo.

En efecto, así sucedió. Bruno, ya libre de aquella legión de dípteros, pudo aventurarse á mirar á derecha é izquierda.

La noche continuaba en la más completa oscuridad.

El viento hacía crujir el carruaje, pero siempre adherido al suelo, no había nielo de que se moviera.

Bruno buscó con la mirada, hacía el horizonte del Norte, con objeto de ver una luz ó algo que anunciara la vuelta del postillon con los caballos de refuerzo.

Peró todo lo que se destacaba más allá del segmento hundese formado por los faroles del coche, era una completa oscuridad, profundas tinieblas. Sin embargo, volviendo la vista á los lados, á una distancia de cerca de sesenta pasos, Bruno creyó percibir algunos puntos brillantes que aparecían y desaparecían sin ruido en la sombra, tan pronto en la superficie del suelo como á dos ó tres pies de elevación.

Bruno se preguntó primeramente si aquello era producido por la fosforescencia de los fuegos fatuos, cuyo desprendimiento podía verificarse en la superficie de un lago donde no falta hidrógeno sulfurado.

Pero si en su cualidad de sér racional, su razon podía inducirle al error, no sucedía lo mismo á los caballos del carruaje, cuyo instinto no podía enganarles respecto al motivo de aquel fenómeno. En

efecto, empezaron á dar señales de agitacion, comenzando por dilatar sus fosas nasales y relinchando de una manera particular.

—¿Qué será?— se preguntaba Bruno;— alguna nueva complicacion, ¿no tiene duda! ¿Si serán lobos?

Si era una bandada de lobos, atraida por el olor del carruaje, no tenía nada de particular, pues estos



Bruno inspeccionó los diversos arcos.

animales son famosos por el gran número que existen en el delta del Danubio.

—¡Diablo!— murmuró Bruno —¡eso sería peor que los mosquitos ó primos de nuestro testarudo! El humo del tabaco no me servirá para nada esta vez.

Entre tanto, los caballos continuaban siendo presa de la más viva agitacion, de lo cual había que inquietarse. Trataban de cocear con ímpetu en el espeso cieno, se encabritaban, y daban violentas sacudidas al coche. Aquellos puntos luminosos parecían más próximos que ántes. Una especie de sordo gruñido se mezclaba á los silbidos del viento.

— Yo creo — se dijo Bruno — que será conveniente avisar al señor Keraban y á mi amo.

Y en efecto, era urgente. Bruno se deslizó con lentitud hasta el suelo, bajó el estribo de la carroza, abrió la portezuela y la cerró despues de haberse introducido en el cupé, donde los dos amigos dormían tranquilamente el uno al lado del otro.

— Señor.... — dijo Bruno en voz baja dando con la mano en la espalda de Van Mitten.

(Se continuará.)

LA REINA DE LOS LAGOS

LEYENDA DEL VALLE MEJICANO

POR EL CAPITAN MAYNE REID.

— ¡La que yo temía! ¡un atolote está en el acalote que se ha cerrado!

Esta vez lo entendimos perfectamente. La tempestad había movido una porción del pantano flotante, que unido por la lista de agua había unido sus extremos opuestos, formando uno solo. Si Crittemlea y yo hubiéramos estado allí solos, tal vez nos hubiéramos detenido más tiempo para buscar si no había medio de pasar por algún lado; pero Pepe no se detuvo un solo momento: conociendo mejor que nosotros aquel fenómeno, no bien había dicho las terribles palabras «el acalote está cerrado», cuando cogió los remos con más fuerza que nunca, empezó á mover la barca hácia atrás con pasmosa celeridad. Cuando estuvimos otra vez en medio del agua nos explicó por qué había retrocedido, con las siguientes palabras:

— Si se la cerrado también por el otro lado, entonces solo la Virgen puede salvarnos.

Con todo esto ya estábamos tan acostumbrados como él, y con el mismo temor de un gran peligro. Su estilo salvaje, con sus exclamaciones, acompañadas de los gestos más alarmantes, no eran los más á propósito para tranquilizarnos. Había ademas otra causa que aumentaba nuestros temores. Al volver á pasar por el sitio donde habíamos estado parados durante la tormenta, nos pareció que allí también el agua había disminuido; no era figuración nuestra, por desgracia, puesto que continuando nuestro camino de retomo, ántes de haber andado trescientas varas pudimos ver repetido el espectáculo que nos había hecho volver hácia atrás, una estrecha faja después iluminada por la luna, iba disminuyendo hasta convertirse en un hilo.

— ¡Dios Santo, el acalote está cerrado por los dos extremos! Todo se ha concluido para nosotros ya!

Y dejando los remos de nuevo, se sentó resignado ante lo imposible, ó paralizado por la desesperación. En esta vez el peligro era inminente, no cabía la menor duda, áun cuando mi compañero y yo no pudiésemos comprenderlo. Verdad es que las explicaciones de nuestro conductor no eran las más á propósito para revelar nuestra ignorancia. Seguía scatado y no hablaba ya un silencio salvaje, sino que seguía sus costumbres exclamaciones mezcladas con súplicas á Dios y la Virgen, padrenuestros y lo que todos los mejicanos rezan al menor peligro. Todo lo más que pudimos hacer fué sacarle de su estupor y obligarle á coger los remos, y haciendo que nos llevase por el acalote, lo examinamos más detenidamente. Parecía que cada vez

se hacia más estrecho, pero esto ya no podía hacernos ningun daño; áun cuando se quedase la barca completamente seca no podíamos estar peor de lo que estábamos ahora en aquel charco de agua. Empujarla hácia los juncos era una cosa completamente imposible. Así lo dijo el indio, y así lo comprendimos nosotros, y no pensamos ni por un momento ponerlo en ejecución. Tampoco podíamos dejar la inútil barca y marcharnos por la cinta, puesto que no podíamos pasar ni á nado ni andando. Poner el pié allí hubiera sido lo bastante para romper el barro y caer al fondo. No es posible encontrar un pantano más dificultoso, demasiado delgado para soportar nuestro peso, y sin embargo, con una capa espesa de cañas que era imposible romper para abrirse paso; muchas veces pusimos un pié y fuimos ensayando por todos los sitios. ¡Imposible! En cuanto á la barca, inútil! Ni una sabana de agua se veía en toda la superficie. Cañas y juncos y plantas salvajes era lo único que nos dejaba ver la hermosa claridad de la luna. En verdad que teníamos las montañas de Popocatepec y la Blanca, situadas al Este, con el oscuro Ajusco, que desde el lado opuesto nos presentaba sus ceñudos picos; pero éstos era lo único que podíamos distinguir, porque estaban muy lejos de nosotros, y áun nos parecía mayor su distancia, aumentada sin duda por el miedo, por lo difícil que nos era llegar hasta allí y por la triste claridad de la luna. Estábamos casi peor que en una isla desierta, porque allí al ménos, teniendo un bote á nuestra disposición, por pequeño que fuese, todavía habria esperanza de pisar tierra; como estábamos, no se podía creer en tanta dicha.

En cuanto á nuestro conductor, sufría mucho, y si hablaba era para repetir la historia del pescador convertido en esqueleto, con otros horrores semejantes. El pobre chico parecía delirar, y tomamos el prudente partido de no hacerle caso. ¡Oh! era para desesperarse. La tierra, no ya á la vista, sino al alcance de nuestras manos, puesto que casi podíamos tocar las plantas que crecían en ella, y sin embargo, ¡ver el imposible! ¡Encontrarnos tan lejos de tierra firme como si estuviésemos en plena mar, sin más recurso que permanecer tranquilos en nuestra barca, mecidos por las escusas olas de aquel pequeño Océano!

CAPÍTULO XIV.

DULCE RESPUESTA.

Al recordar todos los acontecimientos desgraciados de mi vida, ninguno me parece tan horrible como la

noche de la laguna de Chalco. Me he visto perdido en las llanuras del Norte, muriéndome de hambre y de sed. He pasado toda una noche en el campo de batalla, sin una gota de sangre en mi cuerpo, con una herida considerada por los médicos incurable. Dos veces me he salvado milagrosamente de un naufragio. Pero todo esto puedo recordarlo con menos angustia que la noche pasada en medio del pantano. Es verdad que tenía un compañero con quien consolarme, si esto es verdaderamente un consuelo, porque cuando el peligro es tan cierto, el egoísmo no nos deja ocuparnos más que en nuestra persona, y únicamente los lazos más sagrados de la familia nos hacen pensar en la desgracia de otros.

Además, yo creo que Crittendon no comprendía bien todo el peligro que allí había para nosotros. El joven aférez era un alegre y guapo chéco, pero no de un talento superior; no pude convencerle de que nuestra situación era de las más críticas. Todos mis esfuerzos fueron inútiles para hacerle comprender la clase de pantano que nos rodeaba: todo lo que yo había oído y leído acerca de esto tuve que dejarlo como imposible. Se hubiera reído como se reía de la historia de Peje, tratándolo ello todo como cosa de broma, ó por lo ménos como una exageración tija del mito. No hubieran sido extraño que nos hubiese ocurrido algo parecido á la historia del pescedor. En medio de aquella zanja estábamos tan prisioneros como en la cárcel más segura; aún peor, puesto que nos amenazaba el hambre; la sed no había que temerla, y lo más horroroso de todo, los zopilotes, especie de buitres negros, volando por cima de nuestras cabezas con sus cuellos extendidos, sus saurrientos pies y negras alas procurando caer sobre nosotros, que ¡ay! no teníamos fuerzas para separarlos.

Tal era la situación de aquella noche y los peligros que durante ella pasaban por mi imaginación, no en sueños, porque no dormía, ¡sino en la más espantosa realidad! Había, además, otra idea que me atormentaba, y que, á pesar de lo terrible de nuestra situación presente, no podía apartar de mi pensamiento. Temía siempre que los indios hubiesen ido á casa del alcalde, que la joven hubiese tenido que sufrir por ello, quizá tanto ó más que nosotros, y me arrepentía mil veces de no haberme quedado allí aquella noche y de haber tratado de alejarnos de aquellos hombres por muy malos que fuesen. ¡Ojalá pudiésemos estar allí ahora! ¿Qué lástima que no hubiésemos esperado su llegada y ensayado en ellos el efecto de nuestros seis tiros! Las consecuencias no podían haber sido peores. Como el pobre naufrago que, cogido á una débil tabla, se sostiene sobre las olas durante la noche y espera con impaciencia el día, así esperábamos nosotros la hermosa luz de la mañana. La vimos al fin, pero ¡ay! ni el menor indicio de salvación para nosotros! más bien, al contrario, nuestra situación parecía más desconsoladora. Toda la noche habíamos oído los gritos salvajes de los garras, cuyo lúgubre sonido parecía el anuncio de la muerte. Ahora por la mañana con la luz del sol no eran ellas solas las que nos rodeaban; los graznidos de los buitres y los más ágidos de las águilas; todos ellos nos miraban como seguras

presas; puesto que nuestra muerte debía parecerse inevitable. De pie en el bote miramos por todas partes sobre la cinta, y si nada vimos á la luz de la luna que pudiese darnos la más remota esperanza, ménos felices fuimos con la del sol. Aun pudimos decirse que todo nos parecía peor; ahora podíamos verlo todo más claro, y nuestro aislamiento nos hacía comprender más y más lo desesperado de nuestra situación.

La tierra más cercana distaba millas, y aun cuando hubiese estado á tres varas la imposibilidad de alcanzarla hubiera sido la misma. Teníamos, sin embargo, un poco de esperanza al llegar el día, como sucede siempre aun á los que se encuentran cercanos á la muerte, y mientras duraba no permanecíamos inactivos ni silenciosos. Muy al contrario, hablabamos muy alto y disparábamos tiros con nuestras pistolas como señal de pedir socorro. Había esperanza de que los oyese, pero no era probable de que comprendiesen nuestra situación; más bien los tomaban como tiros de fusil dirigidos á las aves del lago. Sin embargo, nosotros continuábamos disparando hasta que gastamos nuestro último cartucho, y gritando hasta que no pudimos más; pero nadie respondía. Como último recurso, cogimos una vara larga que había por casualidad en el bote, y en una cruz que tenía en su extremo extendimos nuestros pañuelos. Después de esto desistimos ya de hacer nada más, y nos propusimos aguardar tranquilos la respuesta, no porque esperásemos ninguna, sino porque no podíamos hacer otra cosa más que esperar.

En todo esto el mallo no nos ayudó para nada, ni parecía tratar el menor interes en nuestros esfuerzos. Los suponía, sin duda, inútiles, y con la apatía característica de su raza, y si fe en la fatalidad, esperaba la muerte que creía segura. Cualesquiera que fuesen sus ideas, es lo cierto que aquella resignación le daba un aspecto de terror, que hubiera hecho aparecer alegre á su lado á un reo en el camino de la muerte. En cuanto á mi compañera y yo, nos creíamos irremediablemente perdidos, porque al fin Crittendon se convenció del peligro, puesto que veía bien claro que únicamente podían salvarnos si nos oían de fuera, y esta esperanza ya no podíamos tenerla, puesto que habíamos disparado, sin resultado, nuestra última bala. Nos resignamos, pues, á morir de una muerte larga y espantosa, cuyos horrores tan cerca de nosotros no podíamos apartar de nuestra imaginación.

Poco se habló después de estas últimas reflexiones. Ya estaba visto todo lo que había que ver, y nuestros pensamientos mutuamente se comprendieron sin necesidad del recurso de la palabra. Debían ser muy parecidos ante el gran peligro que nos amenazaba, y en esta terrible situación pasamos las largas horas de aquel día sin ver nada más que las aves volando por cima de nosotros, ni oír otra cosa que sus lúgubres graznidos, y otra noche, cuyos horros debían parecerse más largos aún, oyendo siempre los gritos de las grullas, cuyo triste música no era muy á propósito para disipar nuestra tristeza. Anunció de nuevo; los rayos del sol alumbraron esta vez las picas de las montañas cubiertas de nieve, cuyos hermosos reflejos nos in-

piraron nuevas esperanzas y deseos de vivir. Animados por ellos nos pusimos á gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones, pidiendo socorro, y escuchando, de cuando en cuando, para ver si nos respondían.

Al fin, una voz humana contestó á la nuestra. ¡Gracias á Dios y á su infinita bondad! ¿Cómo explicar nuestra alegría? Unicamente podía compararse á la impresion que sentirá un condenado á muerte al oír la

palabra «perdonado» en el momento de subir las gradas del patíbulo. El tiro, que fué la señal que nosotros oímos y que tan dulce fué para nosotros se repitió, porque nosotros habíamos contestado á él. Despues oímos várias voces llamando en coro, una de las cuales reconoció Pepe, el cual se habia puesto en pié y habia vuelto en sí de su letargo.

—¡Gracias á la Virgen, gloria á Santa Merce-



Don Tito.

tes!—exclamaba levantando sus brazos al cielo.—
¿Oyen VV., caballeros? es don Tito quien llama.

Era don Tito seguramente, puesto que apareció bien pronto; no habia venido por casualidad, sino con la idea fija de buscarnos, y porque nos creia perdidos, era muy fácil de explicar, por la ausencia de Pepe, que no habia vuelto á su debido tiempo. El buen alcalde, sospechando que nos habia sucedido algo desagradable, mandó su hijo á San Isidro para saber si habíamos llegado allí bien. El indio tomó el camino más corto, dejando á la izquierda el acaloté, llegó á

San Isidro, preguntó al amigo de su padre si habíamos subido los caballeros, y habiéndole éste contestado que no nos habia visto, volvió sin perder tiempo á las chinampas, y comprendió entonces que debíamos estar perdidos en el pantano, de resultas de la horrible tempestad que habia estallado poco despues de nuestra salida de las chinampas. Así, tomando con él varios hombres de su gente con sus botes, y poniéndose él á la cabeza, emprendió el buen alcalde la difícil tarea de buscarnos, con tan buena suerte que nos encontraron muy pronto. Sabia el camino que

íbamos á tomar y vieron que se había caído el *acalote*. Por fortuna sólo había unas cien varas ó poco más que abrir por aquel lado, y con las anchas palas que ellos usan para cortar la cinta abrieron un paso para nuestro bote, y nos sacaron, al fin, de nuestro gran peligro. La tempestad había hecho mucho daño á los jardines flotantes; muchos de ellos se habían separado de su sitio y habían flotado hasta el centro del agua. Ellos también habían sido visitados por los bandideros, verdaderos ladrones de los caminos, como decía don Tito que debían ser. Como yo había supuesto, se fueron derechos á la chinampa del alcalde; pero la encontraron desierta y la chaza vacía. Conociendo qué clase de gente era, antes que pudieran pisar tierra se había puesto en salvo, marchándose á la cinta para volver á casa cuando ellos ya se hubiesen marchado. Así lo hicieron tan pronto como lo permitió la tempestad, cuya violencia tuvieron que sufrir también, desesperados de no haber encontrado sus víctimas, ni compañero y yo, según todas las probabilidades, y se fueron sin hacer allí ningún otro daño.

Todo esto nos explicó don Tito mientras nos libraban de nuestra prision, porque no volvimos con él á las chinampas. El nos lo propuso, ofreciéndonos hacernos llevar en uno de sus botes á la ciudad por el canal mayor; pero nosotros no aceptamos por varias razones. Los bandidos podrían estar todavía en Tlalhuac, y nuestras platabas estaban vacías sin recurso alguno para defendernos, y por cierto sus tiros nos habían sido muy útiles, porque el pescador las había visto, y á esto, sin duda, debíamos nuestra vida. Los mejicanos tienen mucho esta clase de armas, incluso los ladrones de profesión, y tal vez por miedo á ellos no fuimos atacados al pasar por Tlalhuac. Por la seña que les hizo nuestro conductor debieron cambiar su plan y arreglar des-pues el sorprendernos en medio de las sombras de la noche. Don Tito, accediendo á nuestros deseos, nos dejó que tomásemos el camino de San Isidro, y mandando su hijo con nosotros tuvimos los caballos que deseábamos.

Al fin llegamos salvos á nuestros respectivos cuarteles, yo por mí resuelto á no emprender otra expedición semejante sin ir acompañado por una buena escolta.

— CAPÍTULO XV.

UNA INVITACION PARA NOCHE-BUENA.

Tres hombres había en la capital de Méjico que deseaba yo encontrar al alance de mi omo, cuyos nombres habré ya adivinado el lector, si bien uno de ellos ignora y sólo puedo designar por el que reñó el reloj al capitán Moreno, y los otros dos por los apodos de el *Pelado* y el *Guayo*.

Y no los notó por el orden que hubiera podido encontrarlos; que era enteramente el contrario, puesto que el vez al primero me hubiera sido de muy poca utilidad, por lo difícil de su identificación con el ladrón de mi nuevo amigo. Además, el negocio que yo tenía que arreglar con él era puramente metálico, del cual estaba, así recompensado por la buena amistad que esta pérdida me había proporcionado en la persona digna y apreciable del capitán Moreno. En cuanto al segun-

do, preciso era reconocerle al primer golpe de vista, y estaba resuelto, si llegaba á presentarse la ocasión, á que pagase por la serie de buenas jugadas que me había hecho.

No tenía la menor duda acerca de sus intenciones, que era tenerme bien sujeto en Tlalhuac ó en cualquier otro sitio del canal. Lo que no estaba tan claro era el motivo que le había impulsado á ello. Podría ser que mi conducta en nuestra primera entrevista, acompañada de la palabra «bríbon», con tanto desprecio dicha por mí, me hubiera granjeado su enemistad y su deseo de venganza. Ya había yo visto cosas como éste entre los mejicanos de mi clase, que son verdaderos corzos en sus ideas de *crudelta*. Y sin embargo, semejante motivo parecía muy pobre para explicar las mil maniobras y trabajos que le había costado apoderarse de mí.

Era más probable que los hombres que estaban con él, ladrones también, quisieran apoderarse de mí para pedir rescate. Si era así, no era muy fácil que se presentase otra vez delante de mí, y me recordase el servicio que decía le había yo hecho. El que yo más deseaba encontrar frente á frente era á mi señor don Hilario, siquiera á una distancia que pudiera alejarlo la bala de mi pistola. Mientras él no desapareciese no podía yo estar tranquilo respecto á la seguridad de la joven india, porque si lo que decía Espinosa era verdad, y él era el jefe de una partida de ladrones, claro es que podría apoderarse de ella muy fácilmente.

Se me ocurrió que tal vez fuese el mismo hombre que vimos al pasar por Tlalhuac y uno de los que nos siguió á las chinampas, guiado por el pescador que nos había llevado hasta allí. No sé por qué el recuerdo de los dos se me apareció sinopre al mismo tiempo, como si hubiese cierta inteligencia entre ellos que hubiese causado todos mis contratiempos y disgustos; quizá esta idea tuviese su origen en la circunstancia de haberlos visto juntos y casi al mismo tiempo por primera vez en el canal el día que conocí á la Reina de los Lagos.

Mi única razon para no creerlos amigos era la gran diferencia que parecía haber en su rango; pero entre ladrones esto nada suponía, y este hombre adrajoso podía estar tan disfrazado como el otro si estaba con el sombrero de franja encarnada. Por desgracia, había visto muy bien que el *Pelado* sabía representar varios papeles en una misma comedia. No había más que verle manejar los remos para comprender que no era pescador, y sin embargo, había, por otra parte, razones en contra de mi creencia en suponer á don Hilario el jefe de nuestros persiguidores. De ser así hubiera sin duda empezado de nuevo la tentativa desahartada por mí en el canal, y casi con seguridad de éxito.

¿Pero había esa seguridad? Podría ser que no. Yo recordaba la confidencia que me había hecho don Tito cuando me explicó los medios que tenía de escapar si ellos se acercaban, y sé que me parecieran muy buenos. Indudablemente el alcalde indio, conociendo el estado turbulento del país, y sabiendo el tesoro que tenía en su casa con su hermosa hija (siempre no

tan bien como yo), había tomado sus precauciones para en caso de un ataque inesperado.

Muy posible que durante la noche tuviera centinelas que le avisasen de la llegada de gente sospechosa. Así quería yo creerlo al ménos para tranquilizarme, y el no dejar venir á la jóven á la ciudad me parecía un motivo más para suponer que don Tito estaba en guardia y veía algun peligro para la hermosa Lora.

Todo esto me reconciliaba con la idea de no verla en el paseo de las Vigas. Sabiendo el riesgo que habia para ella, preferia saber que estaba segura en su casa, esperando que el tiempo traería una ocasion de volverla á ver. El tiempo no quiso darme esta oportunidad con ninguno de los tres individuos que tanto deseaba encontrar.

Los dias iban pasando, y aun cuando en todos mis



El capitán Moreno.

paseos cruzaba las diferentes calles de la alameda, y en el café-restaurant, en el teatro y en la plaza de toros cuidaba siempre que mis ojos estuviesen alerta, no tuve la suerte de encontrar á ninguno de los tres que con tanto afán buscaba. Cansado ya llegué á suponer que dos de ellos, por lo ménos, no estarían en la ciudad, y que para encontrarlos sería mejor buscar por las montañas, en las pirámides de San Juan de Teotihuacan.

Durante este tiempo yo veía casi todos los dias al capitán Moreno, cuya amistad había empezado de un modo tan particular, y nos habíamos hecho los mejo-

res amigos del mundo, á pesar de la enemistad nacional que parecia debía separarnos. Escasamente pasaba un dia sin que nos viésemos, bien que él viniese á mi cuartel ó que yo fuese á su casa, habitacion por cierto muy superior á la del coronel Espinosa; porque el capitán Moreno pertenecía á una de las familias principales, siendo su padre un rico hacendado de tierra adentro, y no dependia de su paga, tan corta, que escasamente le hubiera alcanzado para pagar el entresuelo.

Várias veces repetimos nuestra cena en la fonda del *Espíritu Santo*, y muy á menudo reíamos y bro-

meábamos recordando la noche de nuestro conocimiento. Todos estos buenos ratos me compensaron con mucho el gasto de nuestra primera cena. Porque el joven mejicano, además de ser rico, era generoso y quería siempre pagarlo todo. No me pedía daciones prestadas como su compañero Espinosa había hecho, sin devolvérmelos. Pero ya sabía yo que el pobre coronel no estaba nada sobrado, sino limpio y pobre como la boja de su lanza, según solía él decir cuando estaba de broma.

Así estaban las cosas, cuando una mañana encontré á Moreno paseando por la calle de Plateros, la cual frecuentaba yo más ahora que el paseo de las Vigas, por razones fáciles de comprender, y acercándose á mí con aire misterioso y cierta gravedad en sus maneras, me dijo:

—Amigo mío, ¿sabe V. que la semana que viene empiezan las Pascuas de Navidad?

—Por supuesto que lo sé, capitán Moreno. Sería muy extraño que yo no lo supiese, siendo hijo de un país donde estas fiestas se celebran con la mayor pompa y alegría. Pero ¿por qué me lo dice V.?

—Solamente para saber si tiene V. algún compromiso para Noche-Buena.

Comprendí lo que quería decir por Noche-Buena, porque sabía que así llaman los españoles á la víspera de Navidad.

—Es el jueves que viene — me dijo mientras yo reflexionaba cuáles eran mis compromisos hasta aquel día.

—Espero que no tiene V. ninguno.

—No — le respondí; — creo, en efecto, no tener ninguno.

—¿Puedo entonces esperar que la pase conmigo?

—Con muchísimo gusto; pero ¿dónde, en su casa de V. ó en el *Espíritu Santo*?

—En ninguna de las dos, ni en la misma ciudad; yo deseo que venga V. conmigo al campo y disfrute usted de verdadera fiesta campestre, que vea V. nuestros aldeanos y sus diversiones, todo lo cual podrá usted disfrutar en el sitio donde yo le lleve.

—Nada me será más agradable.

Y así era en efecto. Aunque conquistadores de Méjico y en posesión de la capital, éramos extraños, sin embargo, á su vida social, especialmente con relación á las costumbres nacionales, que únicamente podrían estudiarse en los distritos rurales, bastante distantes de la ciudad, donde no nos atrevíamos á ir como no fuese disfrazados.

—Pues señor — prosiguió el capitán Moreno — creo que podré ofrecer á V. una diversion enteramente nueva para V. Como puede V. figurarse, nosotros los mejicanos somos tan buenos católicos que no consideramos la fiesta de Navidad bajo el mismo punto de vista que ustedes los herejes del Norte, aunque creo que la celebramos poco más ó ménos lo mismo. Para nosotros gran fiesta es la Noche-Buena. En esta noche y durante el día, todos, ricos y pobres, hacen cuanto pueden por ser felices, ó al ménos, dejan suponer que lo son. Los ricos dan grandes cenas (una de las comidas que yo profiero desde que tuve el gus-

to de hacerme amigo de V. en la que V. nos dio en el *Espíritu Santo*).

Aquí le interrumpí á mi vez para devolverle el cumplimiento; después de lo cual, continuó:

— Los pobres, por su parte, por muy pobres que sean, procuran en esta ocasión divertirse lo mejor posible, y preparar su cena sin reparar por esta vez en el gasto. Aun cuando no prueben la carne en todo el año, es seguro que no les faltará para la Noche-Buena. Para poder proporcionarse este lujo, se van á veces obligados á ahorrar dos ó tres semanas antes y otras tantas después. Pero ya verá V. por sí mismo cómo celebramos la Noche-Buena, no entre la clase pobre, sino en la casa de un rico, donde pienso presentar á V.

—¿Puedo saber en casa de quién?

—Por supuesto, en casa de mi tío, que es un hacendado, propietario de un gran *muyueyal*, que descarta mucho fuese mío, puesto que le produce una suma de miles al año, con casi el mismo trabajo que el que saca dinero de un bueco. Su hacienda, que se llama *La Soledad*, está cinco ó seis leguas de la ciudad, hacia el extremo del lago Chalco, cerca de San Isidro. Me alegro mucho que se anime V. á venir conmigo, y espero que no se arrepentirá V. cuando sepa que la invitación no es exclusivamente mía.

—Ah! ¿Tengo yo el gusto de conocer á su tío de usted? ¿Como se llama?

—Don Joaquín Covarrubio.

—Yo he oído ese nombre.

Y así era, porque así se llamaba el dueño de una gran propiedad en el valle.

—Pero no puedo recordar haber nunca visto á don Joaquín.

—No importa que no se acuerde V. de él, puesto que no es mi tío quien me ha dado el encargo de llevar á V. esa noche.

—¿Quién, pues?

—Mis primas, que son dos muchachas muy guapas y que desean mucho su amistad de V., y de cuya belleza desco saber su opinión, sabiendo que V. es inteligente en la materia.

Cosa extraña; todo esto, que era tan agradable, no me hacía impresión ninguna. Sin embargo, yo había oído hablar mucho de las señoritas de Covarrubio, y conocía más de uno de mis compañeros que se hallarían considerado muy felices con la esperanza de su introducción, mucho más sin haberla solicitado. Yo también me sentí relativamente lisonjeado, y así lo demostré, diciendo:

—Ya sabe V., capitán Moreno, que yo tengo siempre mucho gusto en conocer á sus amigos de V.

—Queda, pues, convenido, é ire á buscar á usted el jueves por la mañana. ¿A qué hora irá?

—A la hora que V. quiera, en siendo después de la parada de la mañana. Esperaré en mi casa hasta que V. vaya.

(Se continuará)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Y ésta era la parte más difícil de mi tarea, pues el mono, que sabía perfectamente que aquel tocado era el preludio de un trabajo que le esperaba, se defendía hasta lo último inventando los movimientos más inverosímiles para evitar que le vistiese. Cuando llegaba este caso aplaba á *Capi*, y con su vigilancia, su instinto y su destreza conseguía casi siempre hacer inútiles las malicias del mono.

Ataviada la compañía con el traje de gala, tomaba

Vitalis su pifano, y colocados en riguroso orden de marcha, desfílábamos por las calles de la población.

Si el número de curiosos que conseguíamos encontrar era suficiente, dábamos una representación; si, por el contrario, era demasiado exiguo para tener la esperanza de una ganancia regular, seguíamos nuestra marcha. En las capitales permanecíamos algunos días, y cuando esto acontecía, dábame permiso mi amo para pasear durante la mañana por donde qui-



Yo era el encargado de vestir al mono.

siera. En aquellas excursiones me acompañaba *Capi*, como simple perro, sin traje de teatro, y recorríamos juntos las calles de la ciudad.

— Ya que la casualidad — me decía Vitalis — hace que recorras la Francia á una edad en que generalmente están los niños en las escuelas ó en los colegios, abre bien los ojos y aprende. Cuando tengas dudas, cuando no comprendas algo de lo que ves, hazme cuantas preguntas quieras, sin temor ninguno.

Acoso no pueda responderte siempre, pues no tengo la pretension de saberlo todo; pero creo que me será fácil satisfacer tu curiosidad. He sido algo más que director de una compañía de animales sabios, y he aprendido otras cosas diferentes de las necesarias para presentar á *Capi* á *M. Joli-Cœur* ante el respetable público.

— ¿Qué cosas son?

— Ya hablaremos de eso. Por el momento debes saber que un instructor de perros puede haber ocupado cierta posición en la sociedad. Al mismo tiempo no debes ignorar que en este instante tienes puesto el pié en el peldaño más bajo de la escala de la vida, y si quieres puedes llegar poco á poco hasta el más alto. Esto depende, en cierto modo, de las circunstancias, y en gran parte, de ti. Oye mis lecciones, atiende mis consejos, hijo mío, y más tarde, cuando seas mayor, pensarás con emoción, con gratitud, así lo espero, en el pobre músico que te causó tanto miedo cuando te separó de tu nodriza; tengo el presentimiento de que nuestro encuentro ha de ser benéfico para ti.

¿Cuál habria sido aquella posición á que aludía

mi amo con frecuencia, y acerca de la cual guardaba siempre el mayor silencio? Esta pregunta excitaba mi curiosidad y fatigaba mi espíritu. Si, como él aseguraba, había estado en el peldaño más alto de la vida, ¿por qué causas ocupaba á la sazón el más bajo? Trataba de que yo me elevase si quería, y yo que no era nada, que nada sabía, que era un niño abandonado y que no tenía protector alguno. ¿Cómo había descendido él?

Después de abandonar las montañas de Anvergne, llegamos á las *causes* de Quercy. Daré este nombre á unas grandes llanuras desigualmente onduladas, en las que no se encuentra más que terrenos incultos y esmalidos vegetales. Pocos países habrá que sean más tristes y más pobres; y lo que acentúa esta im-

presion que recibe el viajero es la completa falta de agua que se observa. Ni un río, ni un arroyo, ni un pantano. Acá y acullá se ven cauces de torrentes llenos de piedras, pero sin una gota de agua, sumidos sin duda en precipicios para ir por debajo del terreno á formar en otros sitios manantiales y corrientes.

En medio de aquella planicie, abrasada por la sequía en el momento de pasar nosotros, se encuentra un destartado pueblo, conocido con el nombre de la Bastide-Murat, y en cuya posada pernoctamos.

— En este pueblo — me dijo Vitalis por la noche antes de acostarnos — en este país y acaso en esta posada nació un hombre que llevó á la muerte millares de soldados y que desde mozo de cuadra se elevó hasta ser príncipe y rey: era Murat; la fama ha he-



M. C.

cho de él un héroe, y se ha dado su nombre á este pueblo. Yo le he conocido y algunas veces he hablado con él.

— Á pesar mío no pude más de interrumpirle.

— ¿Le habéis hablado cuando era mozo de cuadra?

— No — respondió Vitalis riendo — cuando era rey. Es la primera vez que vengo á la Bastide; le hablé en Nápoles, en medio de su corte.

— ¿Habeis hablado á un rey?

Indudablemente debió ser muy chusca mi exclamación, por que la risa que de nuevo acometió á mi amo, duró por mucho tiempo.

Estábamos sentados en un banco delante de la cuadra, con la espalda apoyada en la pared, que todavía conservaba el calor del sol. En las esquinas de una gran liguera que nos cubría con su follaje, entonaban las cigarras su monótona canción. Delante de nosotros, sobre los tejados de las casas, subía lentamente la luna que acababa de aparecer con toda la redondez de su disco. Era aquella noche tanto más agradable, cuanto más caluroso había sido el día.

— ¿Quieres dormir? — me preguntó Vitalis — ó prefieres que te cuente la historia de Murat?

— ¡Oh! sí, os ruego que me la conteis.

Entonces me refirió con todos sus detalles aquella interesante historia, y durante algunas horas perma-

neímos en el banco; Vitalis hablando, y yo con la vista fija en su rostro iluminado por la pálida luz de nuestro satélite. ¡Todo lo que oía era posible, y no solamente posible, sino verdadero!

Hasta aquel momento no había yo tenido idea de lo que era historia. ¿Y quién me hubiera hablado de ella? Desde luego no pudo ser la tía Barberin, pues ignoraba qué era historia. Había nacido en Chavignon y allí debía morir. Su espíritu no fué nunca más allá de sus ojos, y para éstos estaba limitado el mundo al terreno cercado por el horizonte que se describía de lo alto de las montañas de Andouze.

¿Cuántas cosas había visto mi amo!

¿Qué habría sido durante su juventud? ¿De qué modo llegó al estado en que le veía á su vejez?

Motivo suficiente había para mantener en actividad una imaginación infantil, despejada y entusiasmada por todo lo maravilloso.

CAPÍTULO IX.

ENCUENTRO UN GIGANTE CALZADO CON ENORMES BOTAS.

Después de abandonar el árido suelo de las *causes* y las *garrigues*, me hallé, según mis recuerdos, en un verde y fresco valle, el del Dordogne, por el cual

hacemos haciendo pequeñas jornadas, pues la fertilidad del país constituye la riqueza de sus habitantes y damos numerosas representaciones, en las cuales usan fácilmente las monedas en la hortera de *Capi*.

Un puente aéreo, ligerísimo, como si estuviese sostenido entre las brumas por alambres invisibles, se levanta sobre un ancho río, por cuyo cauce se deslizan lentamente sus perzosas aguas; el puente es el de Cubzac, y el río, el Dordogne.

Una ciudad ruinada, con fosos, grutas, torres, en medio de los vetustos claustros de un convento, cuarras que cantan en los arbuslos desparramados acá y allá, es Saint-Emilion.

Pero todo eso se dibuja confusamente en mi me-

moria, mientras que no tarda en presentarse un espectáculo que la hiere vivamente, puesto que conserva la impresión recibida, y aun hoy se la representa con todo su relieve.

Habíamos dormido en un pueblo bastante mísero, del cual salimos al rayar el día. Durante muchas horas anduvimos por un camino cubierto de polvo, cuando de pronto, y limitada nuestra vista á una carretera rodeada de viñedo, se extendió libremente por un inmenso espacio, como si una cortina, tocada por mágica varilla, se hubiese corrido súbitamente ante nosotros.

Un ancho río lamia la falda del montecillo á que acabábamos de llegar, y más allá velase, hasta per-



Burdeos.

dió en la incierta curva del horizonte, los tejados y campaniles de una gran ciudad. ¡Cuántas casas, cuántas chimeneas! Algunas más altas y más estrechas, que se elevaban en el espacio cual gigantescas columnas, vomitaban torbellinos de negro humo, que arrebatados por los caprichos de la brisa, extendían sobre la ciudad una nube de sombrío vapor. Así en el centro del río como á lo largo de una línea de riberas se agolpaban numerosos buques que, semejantes á los árboles de un bosque, confundían sus mástiles, sus cuerdas, sus jarcias y sus multicolores banderas ondulando á merced del viento. Oíanse rugidos sordos, ruidos de fraguas y caldererías, golpes de martillo, y dominándolo todo el ruido de innumerables carruajes que circundaban por los muelles.

—Es Burdeos— me dijo Vitalis.

Para un niño educado como yo, que no había visto nunca otras poblaciones sino las pobres aldeas de Camose ó las pequeñas capitales que el acaso de un rumbo incierto nos hizo encontrar, aquel espectáculo era digno de un cuento de hadas.

Sin saber cómo, paróronse mis pies y quedé inmóvil, mirando delante de mí, lejos, cerca, á todas partes.

Mas no tardaron mis miradas en fijarse en un pun-

to, el río y las embarcaciones que literalmente le cubrían.

En efecto, se producía allí un movimiento confuso que me interesaba tanto más, cuanto que no podía explicarmele.

Algunos barcos, con las velas desplegadas, bajaban velozmente por el río inclinados sobre una de sus bordas; otros subían de igual modo; los había que permanecían sin moverse como si fueran islas, y otros giraban sobre sí mismos, sin que se pudiera comprender cuál era la causa de aquel movimiento; por último, muchos no tenían mástiles ni velas, y con una chimenea que lanzaba al espacio bocanadas de humo, andaban rápidamente, navegando en todas direcciones y dejando en pos un rastro de blanca espuma, que se dibujaba claramente sobre las amarillentas aguas del caudaloso río.

—Es la hora de la marca— me dijo Vitalis— respondiendo á mi asombro sin que yo le preguntase; hay barcos que llegan de alta mar después de haber hecho largos viajes; puedes reconocerlos en lo sucio de su pintura; otros dejan el puerto; osos que ves girando en medio del río, lo hacen para presentar la proa á la marea que sube, y los que corren envueltos en nubes de humo, son remolcadores.

¡ Cuántas palabras desconocidas para mí ! ¡ Cuántas ideas nuevas !

Al llegar al puente que pone en comunicación la Bastide con Burdeos, no había podido contestar Vitalis á la centésima parte de las preguntas que yo le hacía.

Hasta entónces nunca habíamos pasado mucho tiempo en las ciudades que encontrábamos, pues las necesidades de nuestro espectáculo nos obligaban á cambiar diariamente el teatro de las representaciones, á fin de tener público nuevo. Con actores como los que formaban la compañía del ilustre signor Vitalis no podía ser muy variado el repertorio, y después de representar *El Orfido de M. Joli-Cœur*, *La Muerte del general*, *El Triunfo del Justo*, *El Enfermo purgado*, y otras tres ó cuatro piezas, todo estaba visto y nuestros actores no podían hacer más; en este caso, había que volver á empezar por *El Enfermo purgado* ó *El Triunfo del Justo*, ante los espectadores que no conociesen estas obras.

Pero Burdeos es una gran ciudad, en la que el público se renueva fácilmente, y variando de barrio, podíamos dar cuatro ó cinco representaciones diarias sin exponernos á oír lo que nos dijeron en Cabors:

« ¡ Siempre haceis lo mismo ! »

De Bordeaux debíamos ir á Pau. Nuestro itinerario nos hizo cruzar ese gran desierto que desde Burdeos se extiende hasta los Pirineos, y que se conoce con el nombre de Landes.

Aun cuando yo no era el joven ratoncillo de la fábula, y que en todo lo que ve encontraba un motivo de asombro ó de espanto, así desde el principio del viaje en un error que causó la hilaridad de mi amo, valiéndome sus chanzonetas hasta que llegamos á Pau.

Hacia siete ó ocho días que habíamos salido de Bordeaux, y después de seguir las orillas del Garonne, abandonamos el río en Langou, tomando el camino de Mont-de-Marsan, que se interna en las tierras. Ni viñedos, ni praderas, ni huertas, nada más que brezos y pinares. Al poco tiempo desaparecían las raras casas diseminadas por el campo. Luego nos encontramos en medio de una inmensa llanura, que se extendía delante de nosotros hasta perderse de vista, con ligeras ondulaciones. No se descubría huella de cultivo alguno; el color de la tierra era siempre gris, y á nuestro lado, siguiendo el curso del camino cubierto por un musgo semejante á la felpa, se descubrían secos matorrales y enfermezas chaparros.

— Estamos en las Landes — dijo Vitalis: — todavía tenemos que andar veinte ó veinticinco leguas en este desierto. Prepara las piernas.

No eran las piernas lo que debíamos preparar sino la cabeza y el corazón, pues al marchar por aquel camino, que no parecía terminar jamás, asaltaba el ánimo un sentimiento de indefinible tristeza.

Después de viajar algunas veces por el mar, y siempre, cuando estaba en medio del Océano sin divisar ninguna vela, he vuelto á sentirme dominado por la melancolía indefinible que me asaltó en aquellas soledades.

De igual modo que en el Océano, alcanzaban nuestras miradas al horizonte cubierto por las brumas del otoño sin descubrir nada más que la cenicienta llanura que se extendía ante nosotros uniforme y monótonamente.

Seguimos andando, y al mirar sucesivamente en torno nuestro, se podía creer que no avanzábamos, pues el espectáculo era siempre el mismo: siempre brezos, siempre espartos, siempre musgo; si algo quebrantaba la monotonía del paisaje eran los helechos, cuyas blandas y móviles hojas ondulaban á merced del viento.

Solamente á largos intervalos atravesábamos algunos bosques de pequeña extensión y que, contra lo que sucede de ordinario, no prestaban anticipación al paisaje. Eran unos grandes pinos cuyas ramas estaban hendidas hasta la raíz. En sus troncos se habían practicado hondas incisiones, y de aquellas rojas estrías manaba la resina en forma de blancas y copulinas lágrimas. Cuando cruzaba el viento á través de los conos, producía una música tan lastimera que se hubiera creído oír la voz de aquellos pobres árboles mutilados que se quejaban de sus heridas.

Vitalis me dijo que llegaríamos por la noche á un pueblo en el que podríamos dormir.

Pero declinaba el día y no veíamos indicio alguno que anunciase la proximidad del pueblo; ni campos cultivados, ni animales pasciendo en el páramo, ni siquiera una columna de humo que acusase la existencia de un lugar habitado.

Me encontraba rendido por la jornada del día y aun me abatía más una especie de flojedad general. ¿ Cuándo aparecería aquel pueblo bienhechor en la distancia de la interminable carretera ?

Por más que abría los ojos y miraba á lo lejos, no veía más que el páramo, siempre el páramo, cuyas malezas se confundían por momentos á medida que avanzaban las tinieblas.

La esperanza de llegar pronto nos hacía apresurar el paso, y mi amo, á pesar de hallarse acostumbrado á las largas marchas, confesaba estar cansado, y se sentó un instante en la cuneta del camino.

Pero en vez de imitarle, quise subir á un corchillo cubierto de chaparros que estaba poco distante del camino y desde el cual creí divisar alguna luz en la llanura.

Sillé para que Copi viniese conmigo; pero también estaba cansado el perro y se hacía el sordo, hética habitual en él siempre que no le agradaba obedecerme.

— ¿ Tienes miedo ? — preguntó Vitalis.

Esto pregunta me decidió á insistir y fui solo á verificar mi exploración; no quería dar motivo á las chanzonetas de mi amo y mucho menos no sintiendo como no sentía, ningún temor.

Pronto llegó la noche, sin luna, pero con brillantes estrellas que iluminaban el cielo derramando su luz en el aire cargado de ligeros y transparentes vapores.

Mientras caminábamos mirando á derecha é izquierda observé que aquel crepúsculo brumoso prestaba á los objetos las más extrañas formas. Era neci-

quiso reflexionar un poco para reconocer los matorrales, los chaparros, y especialmente algunos arbolillos que de trecho en trecho levantaban sus torcidos troncos y su escuálido ramaje; vistos desde lejos aquellos árboles, aquellos chaparros y aquellos matorrales parecían seres vivientes pobladores de un mundo fantástico.

El aspecto que presentaba el páramo era muy extraño, pues las sombras le trasfiguraban como si estuviese poblado de apariciones misteriosas.

No sé de qué modo se me ocurrió pensar que otra cualquiera en mi situación se hallaría atemorizado por aquellas apariciones; y era posible, después de todo, porque Vitalis me había preguntado si tenía miedo; sin embargo yo también me interrogaba sin encontrar en mi terror alguno.

Á medida que subía la pendiente del cerrillo, aumentaban de altura los chaparros creciendo de igual modo los brezos y los helechos, hasta el punto de que dominaban mi cabeza obligándome á caminar inclinado.

No obstante, pronto alcancé la cima del otero, y por más que abrí los ojos no pude ver ninguna luz. Perdianse mis miradas en la oscuridad y no distinguía otra cosa que formas indecisas, extravagantes sombras, retamas que parecían tender hácia mí sus ramas como flexibles brazos y malezas que bailaban.

No viendo nada que anunciase la proximidad de una casa traté de escuchar por si oía algun rumor, el mugido de una vaca ó el ladrido de los perros.

Al cabo de un rato de atencion, sin respirar apénas con objeto de oír claramente, sentí un estremeci-



Montado en dos piernas de una longitud desmesurada.

miento, el silencio del páramo me azoraba: tenía miedo. ¿De qué? No lo sabía. Del silencio, sin duda, de la soledad y de la noche.

En aquel instante, cuando miraba á mi alrededor con cierta angustia, divisé á lo léjos una gran sombra que se movía rápidamente por encima de las retamas, y al mismo tiempo oí un ruido como el que producen las ramas agitadas.

Quiso convencerme de que todo era efecto del miedo; y que lo que yo tomaba por una sombra era indudablemente un árbol.

¿Pero ¿y aquel ruido? ¿De qué procedería?

No se agitaba ni una ráfaga de viento.

Por ligeras que las ramas sean no se mueven solas; es preciso que la brisa las agite ó que alguien las toque.

¿Alguien? No; no podía ser un hombre aquel enorme cuerpo que se dirigía hácia mí; un animal desconocido, una gigantesca ave nocturna, ó acaso una inmensa araña de cuatro patas, cuyos delgados miembros se destacaban encima de las retamas y de los helechos sobre el pálido azul del cielo.

Lo cierto era que aquel animal montado en dos piernas de una longitud desmesurada, se aproximaba á mí saltando precipitadamente.

Era indudable que me había visto y que trataba de cogermé.

Esta idea me hizo sacar fuerzas de flaqueza, y girando sobre mí mismo me precipité por la cuesta en busca de Vitalis.

¡Cosa extraña! Bajaba con más lentitud que había subido y á cada momento me encontraba aprisionado entre la espesura de los retamares.

Al desprenderme de un zarzal dirigí hácia atrás una mirada recelosa; el animal se acercaba y no tardaría en alcanzarme.

Felizmente ya no enmarañaban el páramo las malezas y pude correr á escape por la hierba.

Pero aún cuando iba muy deprisa, el animal corría más que yo; no necesitaba volverme, ya me tocaba la espalda.

Me faltaba la respiracion, y venía ahogado por la angustia y la rapidez de la carrera; bien, sin embargo, un supremo esfuerzo y fui á caer en los brazos de mi amo, mientras los tres perros, bruscamente levantados, ladraban con todas sus fuerzas.

No pude pronunciar más que estas dos palabras repetidas maquinalmente:

— ¡El animal, el animal!

En medio del ruido que hacían los perros al esta-

llar una gran carcajada. Al mismo tiempo me puso mi amo la mano en el hombro y me obligó á volver la cabeza.

— El animal eres tú misma — me dijo riéndose á más no poder; — mira por un momento si te atreves.

Más que sus palabras, me volvió á la razón su risa y tuve valor para abrir los ojos y seguir la dirección que só mano me indicaba.

El fantasma que causó mi espanto se había parado y estaba inmóvil en medio del camino.

Confieso que experimenté un estremecimiento de repulsión y de espanto; pero ya no estaba en medio del páramo; tenía á mi lado á Vitalis, me rodeaban los perros, y no sufría la perturbadora influencia de la soledad y del silencio.

Cobré ánimos y miré fijamente.

¿Era un animal? ¿Era un hombre?

De este último tenía el cuerpo, los brazos y la cabeza.

Del primero, una piel vellada que le cubría enteramente, y dos larguísimas y delgadas patas como de seis piés de altura, sobre las cuales se apoyaba.

Aunque era muy entrada la noche, distinguía estos detalles, pues la enorme fantasma se destacaba por oscuro, como una silueta, sobre el cielo, desde el cual derrainaban numerosas estrellas su pálida y triste luz.

Probablemente hubiera permanecido mucho tiempo sin saber qué hacer, si mi amo no hubiese dirigido la palabra al fantasma.

— ¿Podéis decirme si estamos cerca de algún pueblo? — preguntó.

No había duda; era un hombre, puesto que mi amo le hablaba.

Pero por toda respuesta no se oyó más que una carcajada seca y estridente, parecida al grito de un pájaro.

¿Sería un animal?

Sin embargo, continuó mi amo interrogándole, lo cual me pareció poco razonable, pues es bien sabido que si los animales comprenden algunas veces lo que les decimos, nunca pueden respondernos.

¿Cuál sería mi asombro cuando lo que yo tomaba por un animal, dijo que no había casas en las cercanías, sino tan sólo una majada, á la que propuso guiarnos!

¿Cómo se explicaba que hablase teniendo patas?

Si me hubiera atrevido me hubiese acercado á él para ver cómo eran aquellas enormes extremidades; mas aunque no parecía tener mala condición, no me decidí, y cogiendo mi morral, seguí á mi amo sin decir una palabra.

— ¿Ves lo que te causaba tanto miedo? — me preguntó mientras marchábamos.

— Sí, pero no sé lo que es: ¿hay gigantes en este país?

— Los hay, pero es cuando van subidos en zancos.

Entonces me explicó, que cuando los habitantes del páramo tienen que andar por sus pantanosas tierras, y con el objeto de no hundirse en ellas hasta la cintura, se sirven de dos largas pértigas provistas de un estribo y que se sujetan á las piernas.

— Y de este modo — continuó — se transforman en

gigantes de esos que sirven para hacer miedo á los niños holgazanes.

CAPÍTULO X.

ANTE LA JUSTICIA.

Conservo un recuerdo sumamente agradable de Pau; en esta ciudad nunca sopla el viento. Y como, además, permanecimos en ella durante todo el invierno, pasando los días en las calles, en las plazas públicas y en los paseos, se comprenderá que me fué muy grato un beneficio de este género.

No fué, sin embargo, éste sólo el motivo que á pesar de nuestras costumbres determinó tan larga estancia en un mismo sitio, sino otro muy poderoso para mi amo; es decir, los considerables ingresos que realizaba.

En efecto, durante el invierno tuvimos un público de niños que no se cansó de nuestro repertorio ni nos gritó jamas:

— ¡Siempre representáis lo mismo!

En su mayor parte eran ingleses nuestros infantiles espectadores; niños robustos de sonrosadas caras, y lindísimas niñas de grandes y dulces ojos, casi tan hermosos como los de *Dalce*. Entónces supe que eran los *Albert*, los *Hudley* y otras pastas y galletas con las que se rellenan los bolsillos ántes de salir, para distribuirlas luego generosamente entre *Joli-Cœur*, los perros y yo.

Cuando se anunció la proximidad de la primavera por esos largos y templados días, que no se conciben en los países septentrionales, empezó á ser méme numeroso nuestro público, y después de cada representación iban los niños á dar palmaditas á *Capi* y á *Joli-Cœur*. Era que se despedían; al día siguiente no les veíamos.

Pronto nos encontramos solos en las plazas públicas, y hubo que pensar en retirarse de los paseos de la Basso-Plante y del Parque.

Una mañana temprano emprendimos la marcha, y fué tardamos en perder de vista las torres de Gaston Phoebus y de Montauset.

Volvíamos á nuestra errante vida, caminando á la ventura por carreteras y senderos.

Durante mucho tiempo, no sé cuántos días ni cuántas semanas, seguimos la línea recta que se presentaba á nuestra vista, pasando valles, subiendo montañas, dejando siempre á nuestra derecha las azuladas cumbres de los Pirineos, semejantes á montones de nubes.

Una tarde llegamos á una gran ciudad, situada á la orilla de un río y en medio de fértil llanura. Las casas, muy feas en su mayor parte, estaban construidas con ladrillos encarnados; el pavimento de las calles era de pequeños y pontagudos guijarros, que se introducían por los fatigados piés de viajeros que acababan de hacer una jornada de doce leguas.

Mi amo dijo que estábamos en Tolosa, y que permaneceríamos allí mucho tiempo.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

V.

La gente de la goleta intentó dar caza al formidable monstruo. Un arpon hábilmente dirigido hizo presa en él; arrojáronse algunas otras, y se le envió también buen número de balas, mas no se obtuvo resultado aparente.

Mientras casi toda la tripulación sólo tenía ojos, lengua y oídos para ocuparse de aquel hecho fenomenal, un hombre, el capitán Ballesta, indiferente á aquel suceso, fijaba toda su atención, todas las facultades de su espíritu en contemplar con sus gemelos, en lontananza, la casi indeterminada columna de humo de un barco de vapor.

Nerviosas crispaturas agitaban los músculos del capitán.

¿Qué embarcación sería aquella?

Quedó un instante abstraído en sombría meditación. Algunos segundos trascurrieron así; de repente levantó la vista, y fijóla después en la parte del horizonte en que había avistado la indecisa aparición de un buque.....

Pero, realidad ó ficción, ya no se apercibía la columna de humo..... ¿Se habría engañado el capitán Ballesta? Aún en el supuesto de que hubiese visto bien ¿qué tenía de extraño que otra embarcación navegase en las mismas aguas, cuando aquella es la más frecuentada ruta del mar Atlántico?

Don Félix hizose repetidas reflexiones en este sentido, y logró calmar su hasta cierto punto infundada alarma.

¿Qué hacían entre tanto sus marineros en la ardua tarea que habían emprendido? Observaron que la carne floja y blanda del desmesurado pulpo no ofrecía resistencia alguna al arpon, ántes bien la desgajaba fácilmente, y era probable que el monstruo, á la menor encendida, se librase de aquel obstáculo que le retenía sin causarle sensible daño.

Bálances idearon sujetarle por medio de un lazo sencillo; pero intentaron la prueba con tan poca fortuna, que un vez de aprisionarle, sólo consiguieron que el gigantesco animal se revolviere con furia, y cuando desahucó el arpon, desapareciera en las profundidades del mar.

Indecible desencanto experimentó el equipaje de la goleta, cuando se les fué de entre las manos, como suele decirse, la que ya juzgaban fácil presa.

Algunos marineros, encaramados en el bauprés, pusieron furas enteras en la expectativa de una nueva aparición del pulpo; mas éste no juzgó oportuno exhibirse por segunda vez.

En esto llegó la noche, y con ella convirtiéronse en humo las esperanzas de los que aún creían que, á haberse presentado el monstruo, hubieran conseguido apoderarse de él. Aminoróse como todas las noches el andar de los buques. El maestro *Pimenton* dió una galleta y un vaso de vino por barba, y cada mochuelo se marchó á su olivo, excepción hecha del cuarto que debía quedarse de guardia.

CAPÍTULO XI.

EL MAGISTER-DIXIT.—EN POCO DE HISTORIA NATURAL.—EL SABIO MODESTO.—UNA ERUPCIÓN DEL TEIDE.

I.

En el castillo de proa del *Baltasar Ballesta* estaba reunido un numeroso grupo de sus tripulantes. Hablábase entre ellos algunos de los que navegaban ántes en la corbeta *Algeciras*, tales como los contramaestres *Borrascu* y Tomás, los gavieros *Córcoles* y el *Perchelero*, el maestro de cocina *Pimenton*, su inseparable camarada *Calafate*, y el *magister-dixit* de á bordo, apodado *Carga-juanetes*.

Hablábase, como era natural, del enorme cefalópodo y de las peripecias á que dió lugar su presentación en la tarde precedente. Uno de los marineros decía en aquel instante:

—Yo, si no lo hubiera visto con estos mismos ojos que han de roer los gusanos de la mar, nunca por nunca hubiese creído.....

—¿El qué no habrías creído nunca?—preguntóle un viejo lobo marino, guiñando un ojo como condesciéndole de su ignorancia.

—¡Toma!—repuso el interpelado—que existiesen pulpos tan grandes y de tan perras intenciones.

En esto tomó la palabra el dónaíne *Carga-juanetes*, y con su tono campanudo y especial fraseología, que ya conoce el lector, dijo de esta suerte:

—Tú no sabes de esas cosas, pipiolo; porque las cosas que se saben de verdadera sapiencia, son sabidas de los viejos, que para saber esas como otras muchas que saben, se han quedado sin un pelo negro en la sesera.

Callaron todos los presentes ante aquel pasmoso rasgo de elocuencia; hasta el mismo *magister* guardó silencio, como si se sintiera también abrumado bajo el peso de su inflexible y contundente dialéctica.

—¡Compañeros!—exclamó poco después *Borrascu*;—ahí viene el doctor *Poey*; él, que de todo sabe y de todo entiende, nos explicará en dos por tres.....

En efecto, el pasajero embarcado en el puerto de Orotova venía desde papa, paso entre paso, leyendo en un inmenso librote cuyo contenido parecía abstraerlo por completo. Ya había llegado cerca del grupo que formaban los tripulantes, e iba á volverse para continuar su paseo, cuando oyó que algunos de aquéllos le llamaban....

II.

—Buenos días, amigos míos, buenos días. ¿Qué se os ocurre? ¿En qué puedo servirlos? ¿Para qué me necesitáis?

—Perdone usted, señor doctor, si es que le molestamos....

—Nada de eso, chinitos (1) de mí vida; yo estoy siempre á la disposición de todo el mundo....

—Es que descámbamos saber....

—¿Qué es ello? ¿De qué se trata? No ignoreis que yo me pierro por hablar.... Es mi comidilla.... Vamos, decid.

—Es el caso, señor doctor....—balbuceó *Borrasca*.

—Adelante, amigo mío, adelante.

—Que algunos pensamos que el animal que se nos presentó ayer es un gran pulpo, mientras que otros lo niegan porque V. lo llamó de otro modo, dándole un nombre.... así como compuesto de zafa y de poda.

—Cefalópodo, amigo mío.

—¡Ah! ¿luego no era un pulpo?....

—Sí tal; pulpo es la palabra vulgar con que se le designa, y cefalópodo la científica.

Y el digno señor Poey encontró en esto motivo suficiente para charlar un rato, y tomó la taravilla en los siguientes términos:

—Os daré, amigos míos, en un santiamén, ligerísimas nociones acerca del misterioso animal que tanto nos impresionó.... Pertenece al orden de los moluscos, y forma en él una clase particular denominada de los cefalópodos, que quiere decir cabeza-piés, porque sus individuos no poseen más órganos que éstos; de su cuerpo, que es todo cabeza, salen inmediatamente unos largos tentáculos, los cuales hacen el oficio de manos y piés. Comprende esta clase cuatro familias: los náutilos, los calamares, las gibras y los pulpos. Los cefalópodos poseen sentidos y medios de prehensión y locomoción más desarrollados que los demás moluscos y que la mayoría de los peces, para quienes, por dichas circunstancias, son terribles enemigos. Estos animales ofrecen en su estructura una extraordinaria singularidad, tienen tres corazones que funcionan....

—¡San Telmo me valga! como dice *nostrum*— exclamó el gaviro Córdces;— pues si ese peje tiene corazón para sí y para otros....

—No creáis que la posesión de estos tres órganos los hace más sensibles ó de mejor condición; ántes bien figuran entre todos los moluscos como los más feroces y temibles. Con las fuertes armas que les ha dado la Naturaleza, persiguen, matan y destrozan á cuantos seres hallan á su alcance, si no son tan fuertes como ellos. Por lo demás, el pulpo gigantesco, *octopus vulgaris*, fué conocido en la antigüedad. El

celebre Plinio habla de uno que se presentó en las costas de España, causando grandes destrozos. Pescado al fin, vióse que pesaba setecientas libras, que su cuerpo tenía el tamaño de un tonel de docecientos foras, y que sus tentáculos medían de diez á doce varas de extensión. En nuestros tiempos ha sido tenido por fabulosa semejante especie; la más que se admita es que, según el relato de algunos marinos, existen en las mareas de los trópicos pulpos cuya longitud, incluidos los brazos, pasa de tres á cuatro metros. Sin embargo, dos hechos recientes han venido á dar la razón, en esto como en otras cosas, á los sabios de la antigüedad. La corbeta francesa *L'Albatron*, navegando entre las islas de Madera y las Canarias, encontró uno de esos cefalópodos de colosales dimensiones. Tenía su cuerpo seis metros de circunferencia, sus brazos de doce á quince, y excedía en peso de doscientos kilogramos. Monsieur Bayer, teniente de navío y comandante de la corbeta, refirió el caso al cónsul de Francia en Caturina; M. Sabín Berthelot vió un pedazo del pulpo y escribió una interesante Memoria del suceso, que presentó después á la Academia de Ciencias de París. No hace mucho también que un buque noruego avistó uno de esos formidables cefalópodos. La tripulación intentó pescarle, mas no pudo conseguirlo....

—¿Pero en el barco francés, doctor, lograron izarle á bordo?

—Tampoco, amigos míos. Á los tripulantes de *L'Albatron* sucedióles, sobre poco más ó menos, lo mismo que á nosotros; sólo consiguieron apoderarse de un pequeño trozo del pulpo. Su enorme peso, la fluidez de sus carnes y lo viscoso de sus brazos, que al debatirse parecían manojos de irritadas serpientes, hicieron inútiles cuantos medios se emplearon para capturarle.

—Doctor, ¿qué tamaño podría tener el que á nosotros se nos ha presentado?

—No tendrían en verdad menores dimensiones que el avistado por los marinos de la corbeta francesa. Es de notarse que, con diferencia de uno ó dos grados al Ecuador, hémole encontrado nosotros casi en las mismas aguas que aquel buque de guerra.

III.

—Y diga usted, señor doctor....

—¡Alto, mis valientes amigos! Sólo desmemorados como vosotros solos; os he suplicado una y diez veces que no me deis el título de doctor....

—¿Por qué, señor Poey?

—Porque.... porque no me pertenece; y no quiero que los que tanto se honran con esa académica distinción puedan suponer que yo me le apropié indebidamente.... Yo soy un miembro bastardo, *rara avis*, en el mundo oficial del saber; ¡ni áun siquiera el título de bachiller poseo!

—Y ¿cómo es eso?—preguntó en este instante á espaldas del hablador pasajero un personaje entrado en años, de tez curtida y enérgica expresión, que momentos ántes se había aproximado al grupo.

—¡Ah! ¿sois vos, mi viejo lobo de mar?—exclamó el señor Poey volviéndose rápidamente.—Ayer

(1) *Chinitos*, tres familias y afectuosa en la Isla de Cuba.

tado anduvo mi honrado amigo el capitán Ballesta al designarnos para su segundo en el mando de este hermoso buque....

—Dignaos contestarme, querido sabio, á la pregunta que acabo de dirigiros....

—¿Cuál? Creed, D. Raimundo, que no recuerdo....

—¡Ah! sí, sí.... ¡Soy un guacarnaco! (1) Perdonad....

Me preguntaréis por qué causa ni aun con el modesto título de bachiller veo honrada mi personalidad....

Está que tal vez parece anómalo, incongruente, tie-

nes una explicación sencilla....

—Decid, amable señor.

—Empiezo por manifestar que desde mi niñez,

apenas adquirí los rudimentos de las primeras letras,

rebelóse mi espíritu desde aquel instante contra toda

dominación ó dependencia que sujetára mi voluntad

á determinadas reglas y fórmulas.... Yo ansiaba ins-

titamente, quería aprender y profundizar la mayor

parte de los conocimientos humanos; pero mi carácter

inquieta é independiente no pudo avenirse nunca

á soportar la disciplina universitaria.... Y por mi

mismo, acaso con inconcebible fatuidad, estudié,

fuera del sagrado y oficial recinto de las aulas, Dere-

cho civil, Medicina, Matemáticas, Astronomía, y ¡qué

de yo cuántas cosas más! Por esta razón no puedo

presentar en mi abono ningún grado ó diploma aca-

démico; he entrado, pues, en el mundo de los sabios

por la puerta falsa, y de ahí que mis ilustres colegas

aficionados me hayan considerado hasta aquí como un

intruso, como un intruso que penetró subrepti-

clamente en el templo de la ciencia, de que ellos son

los únicos y legítimos sacerdotes....

—Dispensad—observó á la sazón el segundo del

Balanzo Ballesta;—pero tengo entendido que no

unos sabios y corporaciones científicas tienen en

tanto nuestros trabajos; que los más ilustres nom-

bres de nuestra patria y de fuera de ella sostienen

con vos instructiva correspondencia....

—¿Tú, tú, tú!—prorumpió aquel modesto y sin-

gular personaje. Esos hombres, verdaderamente sa-

bios, incurren quizás, acerca de mi persona, en un in-

evitable error.

—¿Por qué? Servios decírmelo.

—Porque supónenme oro de ley, cuando acaso sólo

representa en mi doble del más inferior....

—Y entonces—exclamó á este tiempo el contra-

maestre *Borrasca*—si no queréis que os designemos

con el título de doctor, ¿cómo os haremos de nom-

brar?

—¡Llamadme por mi apellido, que es Poey, ó por

mi nombre, que es Pancho; ó de la manera que me

parezca plaza; ¡tanto me da! Siempre estaré dispues-

to al servicio.

—No, amigos míos—prorumpió D. Raimundo di-

rigiéndose á los marineros—seguid llamándome doc-

tor é poseo título; que sino poseo en realidad ese títu-

lo, es más sabio é inteligente que muchos de los que

llevan de él ostentoso alarde.

—¡Viva el doctor!—exclamaron á una en impe-

tuada voz los marineros.

(1) Guacarnaco, voz familiar de Cádiz, sinónimo de tonto, poco

lindo, etc.

—¡Buena la habéis hecho, D. Raimundo!; Buena la habéis hecho!—balbuceó el digno hombre entre confuso y apesadumado por aquella espontánea ovación.

IV.

—Doctor—dijo á la sazón el carpintero Juan Pérez Calafate—cuando fuimos á recogeros á la Oratava, algunos camaradas y yo estuvimos un buen rato con tamaño boca abierta, viendo desde las afueras de la población la gran jumacera que se escapaba de la barriga del pico de Teide.... Contados, si queréis, cuándo y cómo ocurrió la más grande de sus lloviznas de pez y alquitran convertidos en fuego....

—Sí, mi excelente camarada—exclamó en tono familiar el sabio.

Y acto continuo, con su especial facundia, siguió diciendo:

—Las erupciones más terribles de ese antiguo volcán ocurrieron en los años 1704 y 1798; la primera tuvo más desastrosos resultados, porque destruyó por completo la población de Guarrachico. Si no me es infiel la memoria, en los siguientes ó parecidos términos refiere el caso M. Borry de Saint-Vincent, Guarrachico, dice, era una ciudad agradable, rodeada de fértiles campiñas y hermosos viñedos; tenía asimismo un seguro y cómodo puerto de mar. En la noche del 5 de Mayo de 1704 se oyeron espantosos ruidos subterráneos, y el mar con pavorosa commoción retiróse de sus antiguos límites. Apenas la luz del nuevo día alumbró aquel extraño fenómeno, apercibiéronse los habitantes que el pico de Teide estaba cubierto de inmensa cantidad de vapores rojos. El ambiente abrasaba; sentíasele saturado de un fuerte olor de azufre, que casi asfixiaba; los animales, llenos de espanto, prorumpían en gritos lamentables y quejumbrosos balidos. Sobre las aguas flotaba un vapor semejante al que despiende una caldera hirviente. De pronto, la tierra se commueve y agrieta por todas partes; caudalosos torrentes de lava descienden del cráter de Teide, arrasando las llanuras del N. O. Medio sepultada la ciudad en las hendiduras del suelo, y casi cubierta por las lavas, no tardó en desaparecer. El mar, cuando volvió á ocupar su lecho, inundó súbitamente el puerto, no dejando en él piedra sobre piedra; enormes olas y montones de cenizas llenaban el lugar ocupado antes por Guarrachico. Hoy se encuentran los restos de sus edificios embutidos entre montones de lava.

—¿Y perecieron todos los habitantes?—preguntó un marinero impresionado por el vivo colorido de la narración del sabio.

—Los moradores—repuso éste—procuraron encontrar su salvación en la huida; pero sus esfuerzos fueron inútiles; unos desaparecieron en las grietas que al llenarse los sepultaron vivos, y otros, asfixiados por los vapores sulfurosos, perdieron la vida en su vacilante fuga. Sólo unos pocos creyeron por algunos instantes haber escapado á una muerte cierta; pero cuando ya se congratulaban de su suerte, quedaron aplastados por una lluvia de enormes piedras. Este fué el último efecto de la erupción del volcán,

que despues de despedir aquella inmensa cantidad de rocas, apaciguóse gruñendo sordamente.

—Yo pienso—exclamó el *magister Carajuanetas* echando su cuarto á espaldas—que eso aconteció, ¡vamos al decir! como un acontecimiento que acontece á semejanza de un naufragio aconteció en medio de la mar salá.

CAPÍTULO XII.

EXAMINANDO EL HORIZONTE.—LOS BECELOS DEL CAPITAN.—VAPOES Á LA VISTA.—OTRO BUQUE Á BARLOVENTO.

I.

Mientras la anterior escena tenía lugar, como á las diez de la mañana, en el castillo de proa del *Baltasar Ballesta*, otra de diferente índole se verificaba en aquellos momentos sobre la espaciosa toldilla del buque.

Apénas las carminosas luces del alba empezaron á teñir el dilatado horizonte, salió de su cámara el capitán Ballesta, y subiendo con gran rapidez la escalera que daba al puente, y despues la que conducía á la toldilla, dirigió, tan luego puso la planta en ésta, no sin cierta ansiedad, investigadoras miradas con sus gemelos marinos hacía los cuatro puntos cardinales.

En la franca y noble fisonomía de D. Félix marcábanse las indelebles huellas del insomnio. Sin duda alguna constante preocupacion embargaba su espíritu.

En cuanto abarcaban los cristales de aumento, en el extenso círculo de que era centro y eje el mismo capitán, no se apercibía ninguna embarcacion.... Un ahogado suspiro de complacencia escapóse involuntariamente de la garganta de aquel hombre.

Despues de examinar repetidas veces la línea del horizonte, dirigió su atencion al aparejo de su buque á la larga estela que á su paso señalaba aquel en la superficie del mar, al rumbo que seguía y á las apariencias que el cielo y el Océano presentaban. Sus investigacion respecto á aquellos detalles hubo de satisfacerle, porque acentuóse por un breve instante la palidez que desde algunos momentos atrás resplandecía en sus facciones.

Todo hasta entónces parecía marchar á medida de sus deseos; y sin embargo, las densas brumas que anublaban su frente espaciosa, sólo en muy pequeños intervalos desaparecian por completo.

Siempre, aunque en su aspecto advirtiérase relativa tranquilidad, un observador profundo apercibía desde luego que aquella impresion era fugitiva, pasajera como el humo, que se pierde apenas se le avista, en una atmósfera saturada de effluviaciones nocivas. En cambio, persistente y tenaz, quedaba flotando permanentemente en el cerebro de aquel hombre un pensamiento abrumador.

Dos horas hacía ya que el ardiente sol del trópico de Cáncer lanzaba oblicuamente sus deslumbradores rayos sobre las inmovibles ondas en que navegaba la expedición, y el capitán Félix Ballesta permanecía de pié en la toldilla de su goleta.

Inmóvil, con la cabeza inclinada hacía el peñas, parecía absorto en profundas reflexiones....

De repente, sintió que una mano se posaba en su hombro y que una voz dulcisima murmuraba en sus oídos esta frase:

—¡Amado Félix!

II.

La persona poseedora de aquella mano y de aquel argentino acento era un jóven....

Vamos despacio, lector mío: la citada persona vestía pantalon largo, chaleco, cazadora ajustada á la cintura, un gran pañuelo de seda anudado al cuello y un sombrero de pequeñas alas, por debajo de las cuales asomaban en profusion castaños y sedosos cabellos, que casi contornaban el óvalo perfecto de un agraciado y hermoso semblante....

Pero á pesar de estas vestiduras, no pertenecía al sexo masculino la persona que las llevaba: fácil era advertir que una donosa jóven se ocultaba debajo de aquel traje, y que ésta era, ni más ni ménos, la que, disfrazada de grumete, se refugió en la corbeta *degeiras*....

Ciertamente que con el vestido que á la sazón traía parecía á primera vista un simpático jovenzuelo; sus caderas, poco abultadas, pues sus carnes no eran muchas, favorecíanla en su apariencia masculina.

Félix Ballesta al oír la dulce voz y sentir el contacto en su hombro de la mano de la jóven se volvió rápidamente exclamando:

—¡Ah! ¿eres tú, Clotilde mía?

Y diciendo así estrechóla afectuosamente contra su pecho.

—Félix—balbuceó con infinita ternura su interlocutora—toda la noche te he sentido inquieto, desvelado.... Desde que la expedición salió de Algeciras jamás cada día que transcurre más sombrío y enigmático....

—No lo creas: hasta ahora nuestro viaje se presenta bajo los más plausibles auspicios....

—¡Ah, Félix, para mis amantes ojos no puede pasar desapercibido lo que en el fondo de tu alma sucede.... ¡Leo en ella como en un libro abierto!

—Clotilde.... no seas niña....

—¡Esposo mío, mi amor, mi cielo! ¿qué puedes por tí? Enhorabuena que disimules para con todos la constante preocupacion que te atormenta.... pero observar conmigo la misma reserva, ¡ah! ¡cuánto me lastima tu silencio!

—¡Pobre esposa mía! ¿Qué quieres que te confie de probable ó positivo, cuando yo mismo me pierdo en un mundo de conjeturas, de temores y esperanzas?

—Félix.... hace ya muchos días que tus secretos pesares me hacen sufrir terriblemente.... ¡Ah! me aman bien aquellos que no depositan sus penas en el corazon del ser querido.... Pero no; no necesito que me digas una sola palabra para adivinar lo que te inquieta.

—¡Cómo! Clotilde mía, ¿pretendes saber?...

—No fuera capaz de amarte con mis cinco sentidos si no adivinara tus sufrimientos. Tenas, pues, que tu tío Juan Ballesta se interponga intempestiva-

mento en tu camino para disputarte el honor y la gloria de la empresa que te has propuesto realizar.... De ahí nacen todos tus recelos é inquietudes. ¿Me equivoco, por ventura?

—No, Clotilde.

—Pues bien, amigo mío, ¿por qué te entregas inconsideradamente á imaginarias contrariedades, puesto que hasta ahora no descansan en ningún hecho hostil? ¿Por qué vives en perpétua alarma sin moti-

vos que la justifiquen? Recobre la paz tu conturbado espíritu y conserve toda su entereza para el caso en que tus presentimientos lleguen á convertirse en realidades....

—¡Ah, esposa mía, es que tú ignoras!....

—Habla, Félix, habla.

—De algunos días á la fecha se ha presentado varias veces en el horizonte un buque de vapor....

—¿Y precisamente, ese buque ha de ser el que



Su aspecto era grave é imponente....

manda tu tío? ¿No están estos mares frecuentados continuamente por gran número de embarcaciones?

—Sí.... Convengo que en este punto mis recelos pueden ser, si se quiere, aventurados.... Pero sobre ello, Clotilde mía, existe un hecho positivo, indubitable, que nadie conoce aún, porque lo he guardado hasta aquí en lo más escondido de mi conciencia....

—¿Que dices?

—¿Te acuerdas del terrible temporal que corrimos en la corbeta *Algeciras* delante del cabo de Gata?

—Sí, ¿y qué? Acaba.

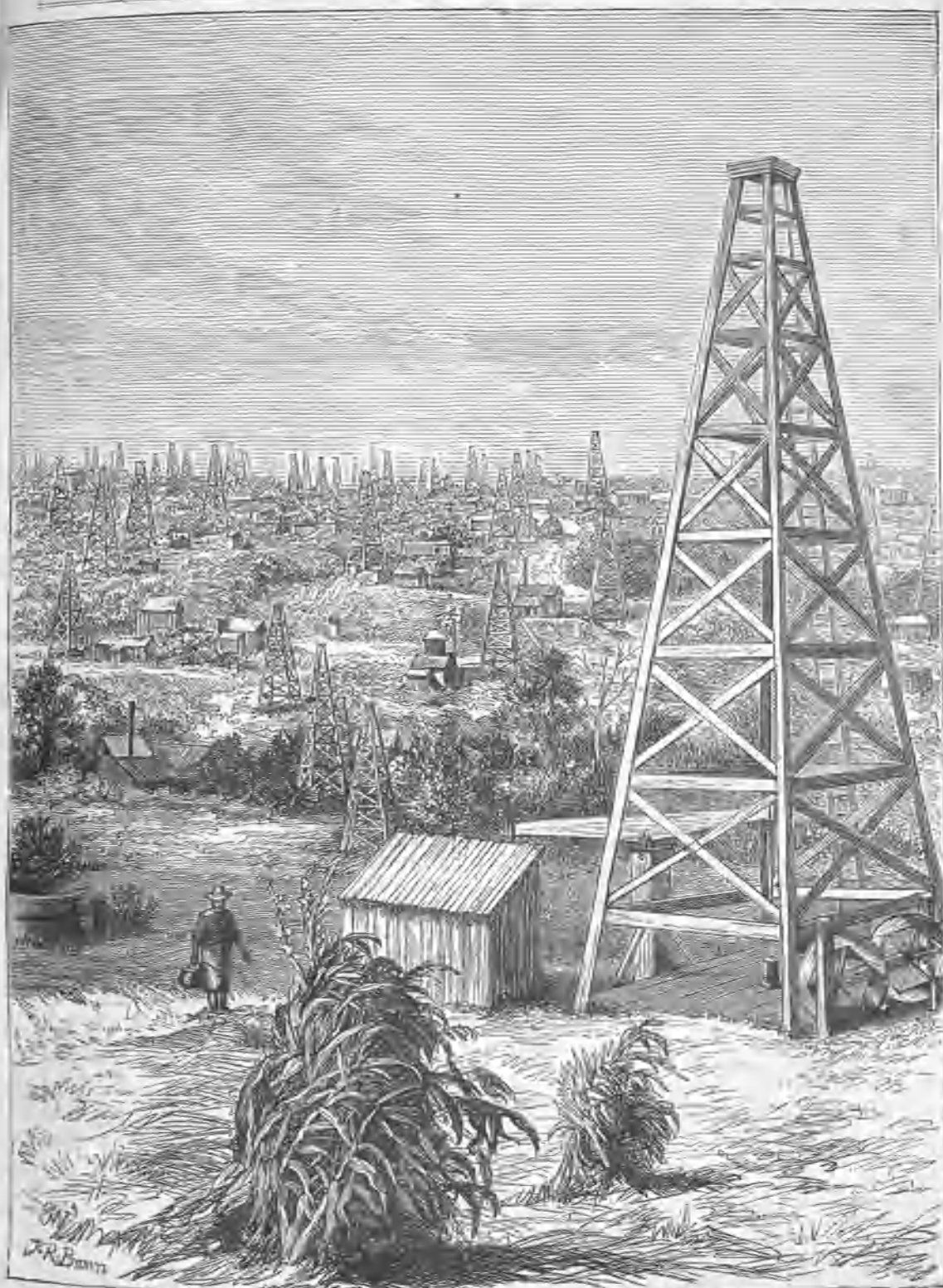
—Mientras yo, mis oficiales y toda la marinería estuvimos sobre cubierta horas y horas atentos á la salvación del buque y de nuestras vidas, un hecho inaudito, singular, misterioso realizábase en aquellos momentos en mi camarote.... Un hombre de la tripulación se introdujo en él, forzó mi papelera, y sin meterse á examinar ni á escoger papeles, se llevó cuantos hubo á la mano....

—¡Cielos! ¿y por qué no averiguaste?....

—¡Ay, Clotilde! en el interior de un barco de gran porte existen multitud de escondrijos con los que mu-



UN MENDIGO.



POZOS DE PETRÓLEO EN PENNSILVANIA.

chas veces no es posible dar; lo que en ellos se sentía no hay miedo que se descubra.... Cuando me apercibí del hecho nada dije; aparentando tranquilidad ó indiferencia, limitéme á observar á los hombres de mi tripulación; con el pretexto de ver si la estiva había sufrido algo con los balances del buque, examiné detenidamente toda la bodega y la sala.... ¡Inútil fué mi cuidado! Á pretexto también de asear y limpieza reconocí el rancho de proa, los petates de los marineros, las camaratas de los oficiales.... No encontré el menor vestigio de los papeles que me fueron arrebatados.

—¿Y entre ellos se encontraban?....

—Los que hacían el complemento del que en la ensenada de Algeciras me sustrajo mi tío.

—¿Ah, Félix!; Tu tío!; tu tío!; ¿Caiga sobre él la maldición....

—¡Calla, desdichada, calla! —exclamó el capitán poniéndole la mano en la boca, y ahogando con ella el resto de la frase que iba á salir de los labios de su esposa.

III.

Por breves instantes guardaron silencio los dos interlocutores de la escena precedente; no duró, sin embargo, mucho tiempo, pues de repente tornó á decir el capitán:

—Por fortuna mía, y temiéndolo todo, los documentos originales tenidos ya depositados en lugar seguro, sólo de mi conocido, con otros papeles importantes. En la papelera conservaba para mi uso inmediato una copia de aquellos documentos y varias cartas de escaso interés....

—Pero por esas copias, si como es de suponer, han ido á manos de tu tío *Crásabou*, éste conocerá ya tu secreto....

—No hay que dudarlo. Ahora bien, amada Clotilde, no es la oposición que mi tío pueda hacerme lo que más me inquieta y alarma; es que recelo y desconfío de los hombres que me rodean; es que no puedo apartar de mi imaginación un solo instante que la traición está cerca de mí, y que ignoro cómo y cuándo levantará de nuevo su repugnante cabeza....

Vivo, pues, alerta y vigilante siempre, porque todo lo espero del encarnizado perseguidor de los Ballesta. Creo contar con algunos hombres fieles á bordo; pero ¡ay de mí! ¿cuáles son éstos? Quizás en los que más confío serán los secretos agentes del capitán *Crásabou*.... Bien comprenderás, Clotilde mía, cuán azarosa y difícil es mi situación.

En este momento el serviola (1) apostado en las crucetas del palo de mesana, exclamó:

—Vapor á barlovento, por la popa.

IV.

El capitán Ballesta corrió á la amura de ostribor, y asestó sus gemelos al buque anunciando.

Efectivamente, en la dirección indicada, en medio de las brumas que el astro del día levantaba, veíase á lo lejos, en el horizonte, una blonquecina columna de

humo, que se perdía en el espacio como si se consumiera con él.

Trascurrieron algunos instantes. Poco tiempo después el negro casco de un buque empezó á señalarse en vaga silueta debajo de la columna de humo; por instantes hacíase más visible, y aparentaba llevar el mismo rumbo que el *Baltasar Ballesta*.

El serviola tornó á gritar:

—Vapor por la popa, á barlovento.

Con las cejas fruncidas, comprimidos los labios, y poseída el alma de vivísima inquietud, contempló don Félix la aparición de aquel nuevo buque.

—¿Acaso navegara en conserva esas dos embarcaciones? —se preguntó mentalmente. —Me parece que sí. ¡Ah! si fuera lo que temo....; si fuera él!

—¿Qué piensas, Félix, de esos barcos? —balbuceó tímidamente la dulce Clotilde.

—No sé —repuso con cierta brusquedad su esposa.— Continuando el andar que traen, dentro de tres ó cuatro horas á lo sumo, si acertásemos nuestra marcha, podríamos examinarlos detenidamente.... No, no me engañan mis presentimientos.... ¡Era de esperar!

Y absorbióse por completo en la contemplación de aquellas embarcaciones.

CAPÍTULO XIII.

LAS ISLAS DE CABO-VERDE.—MATEO PEDRO.—CORRIENDO HACIA LOS ESCOLLOS.—EL AMOR DE CLOTILDE.

I.

—Mira, Félix, mira. Allá, por la proa, hacia esta banda, confundidas entre el cielo y el mar, parecen como que se ven tierras.... Quizás sean algunas nubecillas....

—No, no te equivocas. Tienes excelente vista, Clotilde.

—¡Ah! sí, muy buena; y ¿qué tierras son?

—El archipiélago de las islas de Cabo-Verde.

—He oído hablar varias veces á tu padre de esas islas.... ¿Por qué se llaman de Cabo-Verde?

—Toman su denominación del cabo Verde, del cual están separadas 288 millas; dicho cabo se encuentra situado en la parte más occidental de África.

—Dime algo, Félix mío, de esas islas.

Dirigió á su esposa el capitán tiernísima mirada, y desechando por un momento sus preocupaciones, dijo:

—Te complaceré. Ese archipiélago se extiende entre los 14° 45' y los 17° 20' latitud N. y los 14° 53' y los 21° 28' longitud O. Compónese de muchas islas, pero las principales son: San Vicente, San Antonio, Santa Luía, San Nicolás, la de Sal, Bonavista, Mayo, Santiago, del Fuego y Brava. Su temperatura es húmeda, malsana, y reinan siempre en él calenturas intermitentes muy malignas; la sarna es endémica, y las viruelas hacen grandes estragos, porque los portugueses no han introducido aún la vacuna....

(Se continuará.)

(1) Serviola: Atalaya; vigía. Llámase también serviolas las crucetas.

UN MENDIGO.

Publicamos en el presente número la reproducción de uno de los mejores cuadros del celebrado pintor don Rafael García (Hispaleta).

¿Qué explicación pudiéramos dar á semejante obra de arte? No hay más que verla para admirarla; por eso hemos creído oportuno publicarla y que nuestros lectores puedan añadirla á la colección de cuadros célebres que ha reproducido LA AMENIDAD.

EL PETROLEO EN PENSILVANIA.

El petróleo, que forma hoy una de las riquezas de Pensilvania, es objeto de una exportación considerable. En ya muy estipulado el citado líquido de los indios por sus propiedades medicinales, y con el nombre de aceite Séneca, tomado de la tribu india de los Sénecas, que habitaba el país, fué adoptado en seguida, por los primeros colonos blancos, para el alumbrado y limpieza. Pero sólo en el año 1853 empezó de una manera regular la explotación del petróleo.

En un principio no se hacía otra cosa que extender telas sobre los manantiales, y recogerlas cuando estaban empapadas de petróleo. Cuando se generalizó el uso del aceite mineral hubo que obtenerlo en mayores cantidades, y en 1859, después de dos años de trabajo, se perforó en Titusville un pozo, que, con la ayuda de una bomba, daba 40 barriles por día. Hoy el producto es de 30.000 barriles. La capital del distrito que produce la mayor parte del precioso líquido ha recibido el nombre de *Oil-City* (Ciudad del Aceite). Los pozos tienen una profundidad media de 800 pies.

El aceite que las bombas sacan del pozo se vierte en cubas, desde las cuales se transporta luego á los depósitos. Con este objeto se emplean wagones que tienen el aspecto de grandes calderas montadas sobre ruedas.

Se han formado muchas Compañías para el transporte del aceite; una de ellas, la *Empire Line* (Línea Nacional), transporta cada veinticuatro horas 36.000 hectolitros de petróleo.

Se ha llegado á creer que el petróleo atraía la electricidad, fundándose en que rara vez hay tempestad en aquella región sin que en uno ú otro depósito deje de caer algún rayo.

El grabado que acompaña estas líneas, sacado de una fotografía, da una exacta idea de la abundancia extraordinaria de pozos de petróleo que hoy existen en las cercanías de la Ciudad del Aceite en Pensilvania.

LA VENIDA DE LOS REYES MAGOS.

Noche feliz para los tiernos niños que aguardan los regalos que los amables Reyes vienen á traerles; noche bastante mala para las personas mayores que no po-

dian oír con calma el atronador estrépito de los que iban á esperar á los Reyes.

El grabado que va en este número reproduce la escena que ha tenido lugar en la capital de España hasta el año pasado, y que parece mentira haya durado tanto tiempo.

Las fiestas deben ser en familia, no en público; todo regocijo que lleva en sí una incomodidad para los demás, ya no es fiesta: por eso nos regocijamos de que la vetusta fiesta de la venida de los Reyes Magos no exista ya.

¿Cuándo dejarán de existir otras por el mismo estilo!

UN CUENTO DE LADRONES.

«Caminemos sin descanso—decía cuando se apoderaba de ella el cansancio.—Dios que me ha traído hasta aquí, no me abandonará.»

De pronto tropezó. El camino hacia allí una rápida revuelta; pero en lugar de condeñarse de lo mal que había hecho, estuvo á punto, en medio de la sorpresa que le causó, de lanzar un grito de alegría.

Las estrellas todas del cielo brillaban al fin por encima de su cabeza; ninguna láveda de piedras ni de ratas entorchadas pesaban ya sobre ella; encontrábase rodeada de luz.

—¡Ah! tanto mejor—dijo el enviado;—me consuela eso por ella.

Por toda contestación, Maroussia levantó la cabeza y estrechó su mano con más fuerza.

—Desgraciadamente, la pobre mujer del jefe de los bandidos bien poco tiempo pudo disfrutar de su alegría, porque oyó en seguida muy distintamente voces, gritos y el ruido que producen los caballos cuando van á galope.

¿Qué hacer entonces? ¿Á dónde encontrar un refugio? ¿Cómo no ser vista? ¿Entraría de nuevo en la galería? ¡Nunca! Eso sería volver al castillo.

Había en aquel sitio un gran árbol de ramas espesas que descendían hasta el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, de rama en rama, cual ave perdida, se elevó en la más alta. Bien había hecho en no perder un minuto; un momento después todos los bandidos aparecerían por cinco ó seis lados á la vez, puesto que todas las galerías desembocaban allí.

«¿Qué tal?—gritó una voz que le era bastante conocida á los cinco finetes que llegaban.»

«Nada. No he encontrado más que esto—respondió uno de ellos enseñando una cinta encarnada.»

Ningun interés mostró el jefe por aquella cinta. ¿Sabía acaso si alguna vez había tenido su mujer una igual? Era demasiado indiferente para fijarse en esas cosas.

«Yo no he visto á nadie—respondió el otro.»

«¿Ninguna huella habéis notado?—decía un tercero.»

Y todos sucesivamente hablaron así.

«Seguirémos buscando! ¡Muerta ó viva, preciso

es que la encontremos! ¡Vamos, en marcha! ¡Nuestra salvación depende de todos!

No acabó la frase el que la pronunciaba; alguna cosa había llamado su atención.

De un golpe había saltado y bajado de su caballo, recogiendo del suelo un objeto que examinaba.

«¡Un pañuelo!—les dijo á los otros;—¡Un pañuelo de mujer! No debe encontrarse muy lejos la que buscamos.»

—¡Vaya por Dios!—exclamó el enviado;—ya que lo perdí, mejor hubiera sido que no lo hubieran recogido.

—La hierba era alta y espesa. Todos se pusieron á reconocer el terreno; unos con sus sables y con sus picas, otros derribando arbustos con las pisadas de sus caballos; aquéllos con sus hachas para asegurarse de si la fugitiva se había ó no procurado una guarida:

Nada encontraron.

Sin embargo, su marido miraba hacia arriba, en dirección al corpulento y espeso árbol.

«Este ramaje es muy espeso—pensaba;—las mujeres todas vienen á ser unos pájaros. ¿Quién sabe si habrá ido á colocarse allá arriba mi mujer?»



A poco tiempo los ladrones llegaron á donde estaba el oculto que buscaban con mucha incertidumbre.

Quitóle la lanza á uno de los de su cuadrilla, subió á las primeras ramas, y sosteniéndose con una mano, empezó con la otra, ayudado por la punta de su lanza, á sondear y á traspasar las ramas superiores.

—¡Pobre mujer!—dijo el enviado;—se apoderaron de ella....

—¡Qué bien hizo en ponerse un vestido negro!—dijo Maroussia.

Gracias á este color no podía de noche distinguirla su marido.

Lanzaba á tientas su lanza por el espeso ramaje á la casualidad, y sobre todo, por los lados más oscuros. Petrificada, muda, inmóvil, rodeando con sus crispadas manos el tronco que le servía de apoyo, encomendaba su alma á Dios, suplicándole hiciera invisible su cuerpo.

Por tres veces se clavó un frío hierro en sus carnes; su sangre corría como un río. Á pesar de esto, ni siquiera chistó, tuvo toda esa valor, no exhaló un grito ni un ¡ay!

—Maroussia, dolorosa es tu historia. ¡Pobre desgraciada!

Maroussia, atenta á su relato, continuó:

—El fugateante de su marido, viendo que todo era inútil, dijo al capitán con aire brusco:

«Perdemos un tiempo aquí, que ya á aprovechado la que andamos buscando. La aldea está muy cerca de la ciudad. Si permanecemos en este sitio un cuarto de hora más, vuestra mujer llegará ántes que nosotros, mi capitán. Posible es á estas horas sea ya un hecho esto.»

Ante la idea de que su mujer, dueña indudablemente de su secreto, podía escapársele y que su manera de vivir fuera conocida, lanzó el capitán un terro y gritó:

«¡Á caballo!; á caballo y á escape!»

Picaron espuelas y partieron disparados como una hala de cañón.

Ya era tiempo. Aquella pobre mujer no podía ya sostenerse; se dejó caer sobre la hierba con riesgo de su vida.

Maroussia dió un paso hacia atrás.

—¿Oyes?—dijo.

—Es una descarga—le respondió el enviado;—la tercera que se ha oído desde que estamos en camino. Pero eso no debe inquietarte, es delante de nosotros y bien lejos. En tiempos como los presentes andan solos los fusiles por todas partes. No es en la dirección que llevamos hacia donde tiran ni hacia la de tu padre.

—¿Estás seguro?—replicó ella.
—Segurísimo. No hagas caso si oyes nuevas detonaciones. Es preciso acostumbrarse á esos ruidos, y.... vuelve á tu historia.

—La pobre mujer se encuentra en el suelo. No sé precisamente cuántas horas permaneció allí desmayada—dijo Maroussia.—Cuando volvió en sí, la noche había dejado de ser tan oscura; estaba el cielo ya por algunas partes de color de rosa. Los pájaros empezaban á despertarse, y la hierba, húmeda por el rocío, parecía salpicada de blancas perlas. Aun tuvo fuerzas para contener la sangre que corría por sus

heridas. Para hacer vendas hizo pedazos su fina enagua. ¿Podría andar? Perdía mucha sangre.

Pero era preciso andar y anduvo. Lo hacía con dificultad; sus trajes y sus costados habían sido alcanzados por los golpes de piqueta. Poco á poco la fué resumiendo el mismo movimiento.

—Me gusta esa valiente—dijo el enviado.

—Entonces se apercibió de que estaba sobre un camino real abierto: esto contribuyó á darle ánimo. Pero á pesar de todo, y sin haber andado mucho, se sentía desfallecer, cuando afortunadamente oyó ruido de ruedas.



Examinó el viento huracán que le rodeaba como una barrera.

Un coche enorme cargado de una montaña de heno, fijate bien, se aproximaba lentamente arrastrado por dos vigorosos bueyes de grandes cuernos retorcidos. Caminaba al lado del coche un anciano que iba cantando con cierta dejadez una canción guerrera.

Apresuró el paso y llegó á alcanzar al coche y á su guía.

«¡ Por piedad, salvadme!—le dijo al anciano.— No me encuentro con fuerzas suficientes para llegar á pie á la aldea.»

Pero al mismo tiempo oyó á lo lejos los gritos de los ladrones que volvían sobre sus pasos. La entrada del día los obligaba, sin duda, á retirarse. La gente esa no puede viajar cuando está el cielo claro.

« Soy perdida—le dijo al viejo.— Esos que vienen son bandidos, y mi marido es su jefe.»

« Escóndete entre el heno—le contestó el anciano, —y permanece tranquila si puedes. ¡ Alerta! »

—¡ Excelente viejo!—replicó el enviado.

—Pronto fué escondida entre el heno y se estuvo sin moverse. Á poco tiempo los ladrones llegaron á donde estaba el carro, que avanzaba con mucha lentitud.

« Eh, tú!—gritó el jefe al anciano que caminaba

al lado de sus bueyes fumando en su pipa;—¿ no has encontrado en tu camino á una mujer joven que parecías iba buyendo? »

« ¿ Una mujer joven?—repitió el viejo frotándose la frente como para recordar.»

« ¡ Si, una mujer joven! »

« ¡ Ya! Una mujer joven.... »

« ¿ Quiéres responder? ¿ si, ó no? »

« ¿ Por qué no? »

« Entonces contesta. »

« Yo no he visto á joven alguna. »

« ¿ Estás seguro? Sin embargo, debía llevar el mismo camino que tú.... »

« Ah! ¿ ustedes lo saben? Yo no digo que no; pero nada he visto. Hace dos años que no tengo ya tan buena vista como antes. ¡ Qué quiere usted, se curvejece uno, no ha de ser uno eterno! »

« Este viejo tiene trazas de ser un camastron—dijo el segundo del capitán;—se está burlando de nosotros. »

« ¿ Sabes con quién estás tratando?—le preguntó el jefe. »

« ¿ Cómo he de saberlo?—respondió el viejo.— Es la primera vez que hablamos. Por otra parte, sean ustedes lo que quieran, señores ó ladrones, ¿ que



LA VENDIDA DE LOS REYES MAGOS.

M. Guerrero

puede eso importar á un pobre viejo como yo, que no tiene ni malla ni un cuarto?

«Tienes vida — dijo el segundo.»

«Vida? — respondió el paisano.»

«La vida te la dejaremos, viejo charlatán; pero nos apoderaremos de tu heno.»

«Ese heno no es mío; habiendo dicho que nada poseo en el mundo, mal podía tener una montaña como esta de él, para meterme en el habillo sus productos. Si ustedes quieren robarla, róbenla; pero rasguenme el pellejo antes. Si vuelvo sin desgarrones y sin heno, el dueño, que no es demasiado placentero, creerá que lo había vendido para beber: lo mismo me da ser molido á palos por usted que por él.»

«¡Viejo amante! — respondió el segundo de la gacilla que apenas podía contener la risa. — No queremos de ese heno más que la cantidad suficiente para dar de almorzar á nuestros caballos.»

«Sea en buen hora — dijo el viejo: — pero permítanme ustedes que yo mismo sea el que me encargue de eso y pueda hacerlo de modo que se conozca lo más posible. Si puede hacerse así sin desfigurar mi carga, quizá sacaría yo partido.»

«¿Tienen ustedes bastante? — dijo después de haber sacado de su carro con precaución diez atados de heno.»

«Dame un poco más y quedará un hueco vacío.»

«Se vería y lo pagaría con mi pellejo. Tal como está puede ser que si el dueño no cuenta los atados pese desapercibido.»

El segundo movió la cabeza como diciendo: «basta»; y el capitán, dirigiéndose al campesino, le dijo:

«Puedes marcharte, pero voy á darte dos consejos. El primero es que no te vuelvas para ver lo que sucede detrás de tí. El segundo que no hables á nadie de tu encuentro.»

«¿Se guardar un secreto — respondió con sinceridad el viejo aquel. — Seguiré vuestros consejos.»

Y picó á sus bueyes para darles la señal de partida.

Al cabo de diez minutos oyó galopar á los caballos de aquellos ladrones. El ruido fué disminuyendo poco á poco, hasta que al fin se extinguió.

«Han vuelto á entrar en el bosque — dijo el anciano como hablando consigo mismo: — pero no hay razón para poder cantar ya victoria.»

El aviso había sido bueno y fué atendido. La jóven, retorada entre el heno, no se movía ni resollaba, como si hubiese estado debajo de tierra. Media hora después se divisó la aldea, que más que aldea era una pequeña ciudad. El carro iba en derecha á ella por un camino real, como si nada contuviera. No tardó mucho en entrar por una gran puerta á un patio.

«Vamos — dijo entonces el viejo: — Dios lo ha querido: es cosa hecha.»

Yé ahí de qué modo se salvó la mujer del capitán de bandidos.

La condujeron á casa de mas personas de posición desahogada y caritativas, á donde se vió colmada de cuidados por todo el mundo, hasta el momento en

que su padre, desengañado del imprudente casamiento que le había obligado á contraer, fué á recogerla.

Cercaron la selva, creyendo coger descuidados á os bandidos; pero era demasiado tarde: el castillo había sido ya abandonado cuando llegó la justicia. Temiendo ser descubiertos, no se habían atrevido á permanecer en él.

«¡Tanto peor! — dijo el enviado; — pero la mujer se había salvado y eso era lo principal. Tu cuento es á fe mía muy interesante, y has hecho bien en contárnelo hasta su conclusion. Los buenos cuentos hacen que los caminos parezcan mas cortos.»

«Si te he contado ése — dijo Maroussia; — ha sido porque podía servirnos.»

«Bien lo he comprendido, hija mía — dijo el enviado. — Ah! nosotros nos entendemos. Y añadió: — La historia de la mano blanca de los diamantes y la otra de los lanzazos en el ramaje del espeso bosque, me han estremecido.»

NUEVO VEHÍCULO

EN LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

El nuevo vehículo puede trasportar cuatro personas, no comprendido el cochero; es sólido, fácil de arrastrar, sólo le es necesario el largo del caballo para volver, se domina completamente el caballo, es de fácil acceso, y no levanta polvo. Su construcción no es cara; cualquier caballo puede hacer el servicio. El nuevo vehículo puede construirse de tal modo, que los viajeros estén sentados cómodamente en diferen-



Nuevo vehículo en los Estados- Unidos de América.

tes posiciones, como indican nuestros grabados, de espaldas, como en la imperial de un ómnibus, ó enfrente, de dos en dos.

Una gran ventaja del sistema consiste en que el peso se siente principalmente cerca del collar del caballo; otro mérito consiste en la proximidad del cochero al caballo.

El coste del nuevo vehículo es de 250 duros.



NUEVO VEHÍCULO EN LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

EL ESPEJO DEL TIEMPO.

En el espejo de Laura
Se miraba doña Mónica,
Y al contemplarse tan fea
Exclamaba con voz sorda:
— ¡Qué malos son los espejos
Que usan las niñas de ahora.

LUIS RIVERA.

PENSAMIENTOS.

La razón es la primera autoridad, y la autoridad es la última razón.

DE BORRALD.

Tan vergonzoso es saber ciertas cosas como ignorar otras,

CRISTINA DE SUECIA.

Cuanto más ama un padre á sus hijos, mejor les instruye; cuanto más ama una madre á sus hijas, mejor las adorna.

PROVERBIO CHINO.

El agradecimiento muchas veces no es más que un secreto deseo de recibir mayores beneficios.

LA ROCHEFOUCAULD.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Un mendigo, cuadro de Hipólito.—Pozos de petróleo en Pensilvania.—La venida de los Reyes Magos.—Nuevo vehículo en los Estados-Únidos.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—La Reina de los Lagos. Mayne-Reid.—Sin familia, Hector Malot.—Inglés y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Un mendigo.—El petróleo en Pensilvania.—La venida de los Reyes Magos.—Un cuento de ladrones, por Stahl (án).—Nuevo vehículo en los Estados-Únidos.—El espejo del tiempo, por Luis Rivera.—Pensamientos.—Solución al jeroglífico.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

Pájaro seas y en poder de niños te veas,